Biblioteca de cultura popular

TOMO XXVIII.

P. CALDERÓN DE LA BARCA

El mágico prodigioso

EDICIÓN
Justa Sundheim de Doetsch
(1.250 ejemplares)

Patronato Social de Buenas Lecturas
FUENCARRAL, 125.—MADRID

OBRA SOCIAL DE LOS PREMIOS PERSONALES.

Insértase en este lugar, para edificación de todos y honra de ellos, la relación de buenos católicos que desde la primera insinuación del Patronato Social de Buenas Lecturas han acudido con su dinero para la fundación de premios á las lecturas sanas.

Excmo. Sr. Marqués de Comillas, (Madrid), un premio anual de 500 pesetas.

Srtas. Juana y Rosa Quintiana, (La Coruña), un premio temporal de 1.000 pesetas anuales, en honra de sus finados. Para dividir en dos premios de 500 pesetas en caso necesario.

Excmo. Sr. Conde de Villafuertes, (Vitoria), un premio anual vitalicio de 500 pesetas.

Sra. D.ª Angela D. de Rovera, (La Coruña), un premio temporal de 1.000 pesetas anuales, en honra de sus finados. Para dividir en dos premios de 500 pesetas en caso necesario.

Sra. D.ª Justa Sundheim de Doetsch, (Huelva), un premio temporal de 125 pesetas anuales.

Sr. D. Eusebio Giraldo Crespo, (Medina del Campo), un premio temporal de 1.000 pesetas anuales.

Sr. D. José Ignacio de Urbina, (Madrid), un premio anual vitalicio de 250 pesetas.

Excmo. Sr. Marqués del Sauzal, Villa de Orotava (Canarias), un premio temporal de 250 pesetas anuales, en honra de sus finados padres.

Srta. Marquesa de Villafuerte, Villa de Orotava (Canarias), un premio temporal de 500 pesetas anuales.

Excmo. Sr. Conde de Cirat, (Rentería), un premio temporal de 250 pesetas anuales.

Continúa en la 3.ª página de la cubierta.

EL MÁGICO PRODIGIOSO

Biblioteca de cultura popular
TOMO XXVIII.

P. CALDERÓN DE LA BARCA.

El mágico prodigioso

Patronato Social de Buenas Lecturas
FUENCARRAL, 125, 1.º, DCHA.—MADRID

El negro prodigioso

OBRA SOCIAL DE LOS PREMIOS PERSONALES

Y

FOMENTO DE LECTURAS GRATUITAS

La presente edición ha sido costeada por la

Sra. D.ª Justa Sundheim de Doetsch

Premio instituido para el fomento de las Buenas Lecturas, por esta nobilísima bienhechora de la moralidad, el casticismo y el arte en las obras literarias.

... y la recordarán, elogiarán y bendecirán, los entendimientos que su lectura ilumine, los corazones que mueva, las almas que fortifique y alimente.

ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ.
ARZOBISPO DE TARRAGONA.
(Cruzada de la Buena Prensa. Pág. 131).

EL MÁGICO PRODIGIOSO

PERSONAS

CIPRIANO.
EL DEMONIO.
FLORO.
MOSCÓN.
JUSTINA, *dama.*
LIVIA, *criada.*
EL GOBERNADOR DE ANTIOQUÍA.
LELIO.
LISANDRO, *viejo.*
FABIO, *criado.*
CLARIN.
UN CRIADO.
UN SOLDADO.
SOLDADOS.
GENTE.

La escena en Antioquía y extramuros

721722

JORNADA PRIMERA

Bosque cercano á Antioquía

ESCENA PRIMERA

CIPRIANO, vestido de estudiante; CLARIN y MOSCON, de gorrones, con unos libros.

Cip. En la amena soledad
De aquesta apacible estancia,
Bellísimo laberinto
De árboles, flores y plantas,
Podéis dejarme, dejando
Conmigo (que ellos me bastan
Por compañía) los libros
Que os mandé sacar de casa;
Que yo, en tanto que Antioquía
Celebra con fiestas tantas
La fábrica dese templo
Que hoy á Júpiter consagra,
Y su traslación, llevando
Públicamente su estátua

Adonde con más decoro
Y honor esté colocada,
Huyendo del gran bullicio
Que hay en sus calles y plazas,
Pasar estudiando quiero
La edad que al día le falta.
Idos los dos á Antioquía,
Gozad de sus fiestas varias,
Y volved por mí á este sitio
Cuando el sol cayendo vaya
A sepultarse en las ondas,
Que entre oscuras nubes pardas
Al gran cadáver de oro
Son monumentos de plata.
Aquí me hallaréis.

Moscón No puedo,
Aunque tengo mucha gana
De ver las fiestas, dejar
De decir, antes que vaya
A verlas, señor, siquiera
Cuatro ó cinco mil palabras.
¿Es posible que en un día
De tanto gusto, de tanta
Festividad y contento,
Con cuatro libros te salgas
Al campo solo, volviendo
A su aplauso las espaldas?

Clarín Hace mi señor muy bien;
Que no hay cosa más cansada
Que un día de procesión
Entre cofrades y danzas.

Moscón En fin, Clarín, y en principio,
Viviendo con arte y maña,
Eres un temporalazo
Lisonjero, pues alabas
Lo que hace, y nunca dices
Lo que sientes.
Clarín Tú te engañas
(Que es el mentís más cortés
Que se dice cara á cara),
Y yo digo lo que siento.
Cip. Ya basta, Moscón, ya basta,
Clarín. ¡Que siempre los dos
Habeis con vuestra ignorancia
De estar porfiando, y tomando
Uno de otro la contraria!
Idos de aquí, y (como digo)
Me buscaréis cuando caiga
La noche, envolviendo en sombras
Esta fábrica gallarda
Del universo.
Moscón ¿Qué va,
Que aunque defendido hayas
Que es bueno no ver las fiestas,
Que vas á verlas?
Clarín Es clara
Consecuencia; nadie hace
Lo que aconseja que hagan
Los otros.
Moscón (*Ap.*) Por ver á Livia,
Vestirme quisiera de alas. (*Vase*).
Clarín (*Ap.*) Aunque, si digo verdad,

Livia es la que me arrebata
Los sentidos. Pues ya tienes
Más de la mitad andada
Del camino; llega, *Livia*,
Al *na*, y se, Livia, *liviana*. (*Vase*).

ESCENA II

CIPRIANO

Ya estoy solo, ya podré,
Si tanto mi ingenio alcanza,
Estudiar esta cuestión
Que me trae suspensa el alma,
Desde que en Plinio leí
Con misteriosas palabras
La definición de Dios,
Porque mi ingenio no halla
Ese Dios en quien convengan
Misterios ni señas tantas.
Esta verdad escondida
He de apurar. (*Pónese á leer*).

ESCENA III

EL DEMONIO, vestido de gala.—CIPRIANO

Dem. (*Ap*). Aunque hagas
Mas discursos, Cipriano,
No has de llegar á alcanzarla,
Que yo te la esconderé.

Cip. Ruído siento en estas ramas.
¿Quién va? ¿quién es?
Dem. Caballero,
Un forastero es, que anda
En este monte, perdido
Desde toda esta mañana,
Tanto, que rendido ya
El caballo, en la esmeralda
Que es tapete destos montes,
A un tiempo pace y descansa.
A Antioquía es el camino
A negocios de importancia;
Y apartándome de toda
La gente que me acompaña,
Divertido en mis cuidados
(Caudal que á ninguno falta),
Perdí el camino y perdí
Criados y camaradas.
Cip. Mucho me espanto de que
Tan á vista de las altas
Torres de Antioquía, así
Perdido andeis. No hay de cuantas
Veredas á aqueste monte
O le linean ó le pautan,
Una que á dar en sus muros,
Como en su centro, no vaya,
Por cualquiera que tomeis
Vais bien.
Dem. Esa es la ignorancia,
A la vista de las ciencias,
No saber aprovecharlas.

Y supuesto que no es bien
Que entre yo en ciudad extraña,
Donde no soy conocido,
Solo y preguntando, hasta
Que la noche venza al día,
Aquí estaré lo que falta:
Que en el traje y en los libros
Que os divierten y acompañan,
Juzgo que debeis de ser
Grande estudiante, y el alma
Esta inclinación me lleva
De los que en estudios tratan.

(*Siéntase*).

Cip. ¿Habeis estudiado?
Dem. No;
Pero sé lo que me basta
Para no ser ignorante.
Cip. Pues ¿qué ciencias sabeis?
Dem. Hartas.
Cip. Aun estudiándose una
Mucho tiempo, no se alcanza
¿Y vos (¡grande vanidad!)
Sin estudiar sabeis tantas?
Dem. Sí, que de una patria soy
Donde las ciencias más altas
Sin estudiarse se saben.
Cip. ¡Oh quién fuera de esa patria!
Que acá mientras más se estudia,
Más se ignora.
Dem. Verdad tanta

Es esta, que sin estudios
Tuve tan grande arrogancia
Que á la cátedra de prima
Me opuse, y pensé llevarla,
Porque tuve muchos votos;
Y aunque la perdí, me basta
Haberlo intentado; que hay
Pérdidas con alabanza.
Si no lo queréis creer,
Decid qué estudiais, y vaya
De argumento; que aunque no
Sé la opinión que os agrada,
Y ella sea la segura,
Yo tomaré la contraria.

Cip. Mucho me huelgo de que
A eso vuestro ingenio salga.
Un lugar de Plinio es
El que me trae con mil ansias
De entenderle por saber
Quién es el Dios de quien habla.

Dem. Ese es un lugar que dice
(Bien me acuerdo) estas palabras
«Dios es una bondad suma
Una esencia, una sustancia,
Todo vista, todo manos.»

Cip. Es verdad.

Dem. ¿Qué repugnancia
Hallais en esto?

Cip. No hallar
El Dios de quien Plinio trata;
Que si ha de ser bondad suma,

Aun á Júpiter le falta
Suma bondad, pues le vemos
Que es pecaminoso en tantas
Ocasiones: Dánae hable
Rendida, Europa robada.
Pues ¿cómo en suma bondad,
Cuyas acciones sagradas
Habían de ser divinas,
Caben pasiones humanas?

Dem. Esas son falsas historias
En que las letras profanas
Con los nombres de los dioses
Entendieron disfrazada
La moral filosofía.

Cip. Esa respuesta no basta,
Pues el decoro de Dios
Debiera ser tal, que osadas
No llegaran á su nombre
Las culpas, aun siendo falsas.
Y apurando más el caso,
Si suma bondad se llaman
Los dioses, siempre es forzoso
Que á querer lo mejor vayan;
Pues ¿cómo unos quieren uno,
Y otros otro? Esto se halla
En las dudosas respuestas
Que suelen dar sus estátuas.
Porque no digais después
Que alegué letras profanas...
A dos ejércitos, dos
Idolos una batalla

Aseguraron, y el uno
La perdió: ¿no es cosa clara
La consecuencia de que
Dos voluntades contrarias
No puedan á un mismo fin
Ir? Luego yendo encontradas,
Es fuerza, si la una es buena,
Que la otra ha de ser mala.
Mala voluntad en Dios
Implica el imaginarla:
Luego no hay suma bondad
En ellos, si unión les falta.

Dem. Niego la mayor, porque
Aquesas respuestas dadas
Así, convienen á fines
Que nuestro ingenio no alcanza,
Que es la providencia: y más
Debió importar la batalla
Al que la perdió el perderla,
Que al que la ganó el ganarla.

Cip. Concedo: pero debiera
Aquel Dios, pues que no engañan
Los dioses, no asegurar
La victoria; que bastaba
La pérdida permitir
Allí, sin asegurarla.
Luego si Dios todo es vista,
Cualquiera Dios viera clara
Y distintamente el fin;
Y al verle, no asegurara
El que no había de ser: luego

Aunque sea deidad tanta,
Distinta en personas, debe
En la menor circunstancia
Ser una sola en esencia.

Dem. Importó para esa causa
Mover así los afectos
Con su voz.

Cip. Cuando importara
El moverlos, genios hay
(Que buenos y malos llaman
Todos los doctos), que son
Unos espíritus que andan
Entre nosotros, dictando
Las obras buenas y malas,
Argumento que asegura
La inmortalidad del alma:
Y bien pudiera ese Dios,
Con ellos, sin que llegara
A mostrar que mentir sabe,
Mover afectos.

Dem. Repara
En que esas contrariedades
No implican al ser las sacras
Deidades una, supuesto
Que en las cosas de importancia
Nunca disonaron. Bien
En la fábrica gallarda
Del hombre se ve, pues fue
Solo un concepto al obrarla.

Cip. Luego si ese fue uno solo,
Ese tiene más ventaja

A los otros; y si son
Iguales, puesto que hallas
Que se pueden oponer
(Esta no puedes negarla)
En algo; al hacer el hombre,
Cuando el uno lo intentara,
Pudiera decir el otro;
«No quiero yo que se haga».
Luego si Dios todo es manos,
Cuando el uno le criara,
El otro le deshiciera.
Pues eran manos entrambas
Iguales en el poder,
Desiguales en la instancia,
¿Quién venciera destos dos?

Dem. Sobre imposibles y falsas
Proposiciones, no hay
Argumento. Dí, ¿qué sacas
Deso?

Cip. Pensar que hay un Dios,
Suma bondad, suma gracia
Todo vista, todo manos,
Infalible, que no engaña,
Superior, que no compite,
Dios á quien ninguno iguala,
Un principio sin principio,
Una esencia, una sustancia,
Un poder y un querer solo;
Y cuando como este haya
Una, dos ó más personas,
Una deidad soberana

Ha de ser sola en esencia,
Causa de todas las causas.

Dem. ¿Cómo te puedo negar (*Levántase*).
Una evidencia tan clara?

Cip. ¿Tanto lo sentís?

Dem. ¿Quién deja
De sentir que otro le haga
Competencia en el ingenio?
Y aunque responder no falta,
Dejo de hacerlo, porque
Gente en este monte anda,
Y es hora de que prosiga
A la ciudad mi jornada.

Cip. Id en paz.

Dem. Quedad en paz.
(*Ap.* Pues tanto tu estudio alcanza,
Yo haré que el estudio olvides,
Suspendido en una rara
Beldad. Pues tengo licencia
De perseguir con mi rabia
A Justina, sacaré
De un efecto dos venganzas.) (*Vase*).

Cip. No ví hombre tan notable.
Mas pues mis criados tardan,
Volver á repasar quiero
De tanta duda la causa.

(*Vuelve á leer, sin reparar en los que vienen*).

ESCENA IV

LELIO, FLORO.—CIPRIANO.

Lelio No pasemos adelante;
Que estas peñas, estas ramas
Tan intrincadas, que al mismo
Sol le defienden la entrada,
Solo pueden ser testigos
De nuestro duelo.
Floro La espada
Sacad; que aquí son las obras,
Si allá fueron las palabras.
Lelio Ya sé que en el campo, muda
La lengua, el acero habla
Desta suerte. (*Riñen.*)
Cip. ¿Qué es aquesto?
Lelio, tente; Floro, aparta,
Que basta que esté yo en medio,
Aunque esté en medio sin armas.
Lelio ¿De dónde, dí, Cipriano,
A embarazar mi venganza
Has salido?
Floro ¿Eres aborto
Destos troncos y estas ramas?

ESCENA V

MOSCON, CLARIN.—Dichos

Moscón Corre que con mi señor
Han sido las cuchilladas.
Clarín Para acercarme á esas cosas
No suelo yo correr nada;
Mas para apartarme, sí.
Moscón y Clarín. Señor...
Cip. No hableis más palabra.—
Pues ¿qué es esto? Dos amigos,
Que por su sangre y su fama
Hoy son de toda Antioquía
Los ojos y la esperanza,
Uno del Gobernador
Hijo, y otro de la clara
Familia de los Colaltos,
¡Así aventuran y arrastran
Dos vidas que pueden ser
De tanto honor á su patria!
Lelio Cipriano, aunque el respeto
Que debo por muchas causas
A tu persona, este instante
Tiene suspensa mi espada,
No la tienes reducida
A la quietud de la vaina.
Tú sabes de ciencias más
Que de duelos, y no alcanzas
Que á dos nobles en el campo

No hay respeto que les haga
Amigos, pues sólo es medio
Morir uno en la demanda.

Floro Lo mismo te digo, y ruego
Que con tu gente te vayas,
Pues que riñendo nos dejas
Sin traición y sin ventaja.

Cip. Aunque os parece que ignoro
Por mi profesión las varias
Leyes del duelo que estudia
El valor y la arrogancia,
Os engañais; que nací
Con obligaciones tantas
Como los dos, á saber
Qué es honor y qué es infamia.
Y no el darme á los estudios
Mis alientos acobarda;
Que muchas veces se dieron
Las manos letras y armas.
Si el haber salido al campo
Es del reñir circunstancia,
Con haber reñido ya
Esa calumnia se salva.
Y así, bien podeis decir
Desta pendencia la causa;
Que yo, si habiéndola oido,
Reconociere al contarla
Que alguno de los dos tiene
Algo que se satisfaga,
De dejaros á los dos
Solos, os doy la palabra.

Lelio Pues con esa condición
De que en sabiendo la causa,
Nos has de dejar reñir,
Yo me prefiero á contarla.
Yo quiero á una dama bien,
Y Floro quiere á esta dama:
Mira tú ¡cómo podrás
Convenirnos! pues no hay traza
Con que dos nobles celosos
Den á partido sus ansias.
Floro Yo quiero á esta dama, y quiero
Que no se atreva á mirarla
Ni aun el sol; y pues no hay
Medio aquí, y que la palabra
Nos has dado de dejarnos
Reñir, á un lado te aparta.
Cip. Esperad, que hay que saber
Más. Decidme, ¿es esta dama
A la esperanza posible,
O imposible á la esperanza?
Lelio Tan principal es, tan noble,
Que si el sol celos causara
A Floro, aun dél no podría
Tenerlos con justa causa,
Porque presumo que el sol
Aun no se atreve á mirarla.
Cip. ¿Casáraste tú con ella?
Floro Ahí está mi confianza.
Cip. ¿Y tú?
Lelio ¡Pluguiera á los cielos
Que á tanta dicha llegara!

Que aunque es en extremo pobre,
La virtud por dote basta.

Cip. Pues si á casaros con ella
Aspirais los dos, ¿no es vana
Acción, culpable é indigna,
Querer antes disfamarla?
¿Qué dirá el mundo, si alguno
De los dos con ella casa,
Después de haber muerto al otro
Por ella? que aunque no haya
Ocasión para decirlo,
Decirlo sin ella basta.
No digo yo que os sufrais
El servirla y festejarla
A un tiempo, porque no quiero
Que de mí, partido salga
Tan cobarde; que el galán
Que de sus celos pasara
Primero la contingencia,
Pasará después la infamia;
Pero digo que sepais
De cual de los dos se agrada,
Y luego...

Lelio Detente, espera;
Que es acción cobarde y baja
Ir á que la dama diga
A quién escoge la dama,
Pues ha de escogerme á mí
O á Floro. Si á mí, me agrava
Mas el empeño en que estoy,
Pues es otro empeño que haya

Quien quiera á la que me quiere.
Si á Floro escoge, la saña
De que á otro quiera quien quiero,
Es mayor: luego excusada
Acción es que ella lo diga,
Pues con cualquier circunstancia
Hemos en apelación
De volver á las espadas:
El querido por su honor,
Y el otro por su venganza.

Floro Confieso que esa opinión
Recibida es y asentada,
Mas con las damas que amores
Elegir y dejar tratan;
Y así, hoy pedírsela intento
A su padre. Y pues me basta
Habiendo al campo salido,
Haber sacado la españa
(Mayormente cuando hay
Quien el reñir embaraza),
Con satisfacción bastante
La vuelvo, Lelio, á la vaina.

Lelio En parte me ha convencido
Tu razón; y aunque apurarla
Pudiera, mas quiero hacerme
De su parte, ó cierta ó falsa.
Hoy la pediré á su padre.

Cip. Supuesto que aquesta dama
En que los dos la sirvais
Ella no aventura nada,
Pues que confesais los dos

Su virtud y su constancia,
Decidme quién es; que yo,
Pues que tengo mano tanta
En la ciudad, por los dos
Quiero preferirme á hablarla,
Para que esté prevenida
Cuando á eso su padre vaya.

Lelio Dices bien.

Cip. ¿Quién es?

Floro Justina,
De Lisandro hija.

Cip. Al nombrarla
He conocido cuán pocas
Fueron vuestras alabanzas,
Que es virtuosa y es noble.
Luego voy á visitarla.

Floro *(Ap.)* El cielo en mi favor mueva
Su condición siempre ingrata. *(Vase.)*

Lelio Corone amor, al nombrarme,
De laurel mis esperanzas. *(Vase.)*

Cip. ¡Oh quiera el cielo que estorbe
Escándalos y desgracias! *(Vase.)*

ESCENA VI

MOSCON, CLARIN

Moscón ¿Ha oido vuesa merced
Que nuestro amo va á la casa
De Justina?

Clarín Sí señor.
¿Qué hay, que vaya ó que no vaya?
Moscón Hay que no tiene que hacer
Allá usarced.
Clarín ¿Por qué causa?
Moscón Porque yo por Livia muero,
Que es de Justina criada,
Y no quiero que se atreva
Ni el mismo sol á mirarla.
Clarín Basta, que no he de reñir
En ningún tiempo por dama
Que ha de ser esposa mía.
Moscón Aquesa opinión me agrada,
Y así es bien que diga ella
Quién la obliga, ó quién la cansa.
Vámonos allá los dos,
Y ella elija.
Clarín Es buena traza;
Aunque ha de escogerte, temo.
Moscón ¿Ya tienes deso confianza?
Clarín Sí, que lo peor escogen
Siempre las Livias ingratas.

(*Vanse.*)

Sala en casa de Lisandro.

ESCENA VII

JUSTINA, LISANDRO

Justina No me puedo consolar
De haber hoy visto, señor,
El torpe, el común error
Con que todo este lugar
Templo consagra y altar
A una imágen que no pudo
Ser deidad, pues que no dudo
Que al fin, si algún testimonio
Da de serlo, es el demonio,
Que da aliento á un bronce mudo.
Lisand. No fueras, bella Justina,
Quien eres, si no lloraras,
Sintieras y lamentaras
Esa tragedia, esa ruina
Que la religión divina
De Cristo padece hoy.
Justina Es cierto, pues al fin soy
Hija tuya, y no lo fuera,
Si llorando no estuviera
Ansias que mirando estoy.
Lisand. ¡Ay Justina! no ha nacido
De ser tú mi hija, no,
Que no soy tan feliz yo.

Mas ¡ay Dios! ¿cómo he rompido
Secreto tan escondido?
Afecto del alma fue.
Justina ¿Qué dices, señor?
Lisand. No sé.
Confuso estoy y turbado.
Justina Muchas veces te he escuchado
Lo que ahora te escuché,
Y nunca quise, señor,
A costa de un sufrimiento
Apurar tu sentimiento,
Ni examinar mi dolor;
Pero viendo que es error
Que de entenderte no acabe,
Aunque sea culpa grave,
Que partas, señor, te pido,
Tu secreto con mi oido,
Ya que en tu pecho no cabe.
Lisand. Justina, de un gran secreto
El efecto te callé,
La edad que tienes, por qué
Siempre he temido el efeto;
Mas viéndote ya sugeto
Capaz de ver y advertir,
Y viéndome á mí que el ir
Con este báculo dando
En la tierra, es ir llamando
A las puertas del morir,
No te tengo de dejar
Con esta ignorancia, no,
Porque no cumpliera yo

Mi obligación con callar:
Y así, atiende á mi pesar
Tu placer.

Justina Conmigo lucha
Un temor.

Lisand. Mi pena es mucha,
Pero esto es ley y razón.

Justina Señor, desta confusión
Me rescata.

Lisand. Pues escucha.
Yo soy, hermosa Justina,
Lisandro... No de que empiece
Desde mi nombre te admires;
Que aunque ya sabes que es este,
Por lo que se sigue al nombre
Es justo que te le acuerde,
Pues de mí no sabes más
Que mi nombre solamente.
Lisandro soy, natural
De aquella ciudad que en siete
Montes es hidra de piedra,
Pues siete cabezas tiene:
De aquella que es silla hoy
Del romano imperio, albergue
Del cristiano digno, pues
Solo Roma lo merece.
En ella nací de humildes
Padres, si es que nombre adquieren
De humildes los que dejaron
Tantas virtudes por bienes.
Cristianos nacieron ambos,

Venturosos descendientes
De algunos que con su sangre
Rubricaron felizmente
Las fatigas de la vida
Con los triunfos de la muerte.
En la religión cristiana
Crecí instruído, de suerte
Que en su defensa daré
La vida una y muchas veces.
Jóven era, cuando á Roma
Llegó encubierto el prudente
Alejandro, Papa nuestro,
Que la apostólica sede
Gobernaba, sin tener
Donde tenerla pudiese;
Que como la tiranía
De los gentiles crueles
Su sed apaga con sangre
De la que á mártires vierte,
Hoy la primitiva iglesia
Ocultos sus hijos tiene;
No porque el morir rehusan,
No porque el martirio temen,
Sino porque de una vez
No acabe el rigor rebelde
Con todos, y destruída
La Iglesia, en ella no quede
Quien catequice al gentíl,
Quien le predique y le enseñe.
A Roma, pues, Alejandro
Llegó; y yendo oculto á verle,

Recibí su bendición,
Y de su mano clemente
Todos los órdenes sacros,
A cuya dignidad tiene
Envidia el ángel, pues solo
El hombre serlo merece.
Mandóme Alejandro, pues,
Que á Antioquía me partiese
A predicar de secreto
La ley de Cristo. Obediente,
Peregrinando á merced
De tantas diversas gentes,
A Antioquía vine; y cuando
Desde aquestos eminentes
Montes llegué á descubrir
Sus dorados chapiteles,
El sol me faltó, y llevando
Tras sí el día, por hacerme
Compañía me dejó
A que le sostituyesen
Las estrellas, como en prendas
De que presto vendría á verme.
Con el sol perdí el camino,
Y vagueando tristemente
En lo intrincado del monte,
Me hallé en un oculto albergue,
Donde los trémulos rayos
De tanta antorcha viviente,
Aun no se dejaban ya
Ver, porque confusamente
Servían de nubes pardas

Las que fueron hojas verdes.
Aquí, dispuesto á esperar
Que otra vez el sol saliese,
Dando á la imaginación
La jurisdicción que tiene,
Con las soledades hice
Mil discursos diferentes.
Desta suerte, pues, estaba,
Cuando, de un suspiro leve
El eco mal informado,
La mitad al dueño vuelve.
Retraje al oido todos
Mis sentidos juntamente,
Y volví á oir más distinto
Aquelaliento y más débil,
Mudo idioma de los tristes,
Pues con él solo se entienden.
De mujer era el gemido,
A cuyo aliento sucede
La voz de un hombre, que á media
Voz decía desta suerte:
«Primer mancha de la sangre
Más noble, á mis manos muere,
Antes que á morir á manos
De infames verdugos llegues.»
La infeliz mujer decía
En medias razones breves:
«Duélete tu de tu sangre,
Ya que de mí no te dueles.»
Llegar pretendí yo entonces
A estorbar rigor tan fuerte;

Mas no pude, porque al punto
Las voces se desvanecen,
Y vi al hombre en un caballo,
Que entre los troncos se pierde.
Imán fue de mi piedad
La voz, que ya balbuciente
Y desmayada decía,
Gimiendo y llorando á veces:
«Mártir muero, pues que muero
Por cristiana é inocente»;
Y siguiendo de la voz
El norte, en espacio breve
Llegué donde una mujer,
Que apenas dejaba verse,
Estaba á brazo partido
Luchando ya con la muerte.
Apenas me sintió, cuando
Dijo esforzándose: «Vuelve,
Sangriento homicida mío,
Ni aun este instante me dejes
De vida.—No soy (le dije)
Sino quien acaso viene,
Quizá del cielo guiado,
A valeros en tan fuerte
Ocasión.—Ya que imposible
Es (dijo) el favor que ofrece
Vuestra piedad á mi vida
Pues que por puntos fallece,
Lógrese en esa infeliz
En quien hoy el cielo quiere,
Naciendo de mi sepulcro,

Que mis desdichas herede.»
Y espirando, ví...

ESCENA VIII

LIVIA.—JUSTINA, LISANDRO

Livia Señor,
El mercader á quien debes
Aquel dinero, á buscarte
Hoy con la justicia viene.
Que no estás en casa, dije:
Por esotra puerta vete.
Justina ¡Cuánto siento que á estorbarte
En aquesta ocasión lleguen,
Que estaba á tu relación
Vida, alma y razón pendiente!
Mas vete ahora, señor:
La justicia no te encuentre.
Lisand. ¡Ay de mí! ¡qué de desaires
La necesidad padece! *(Vase).*
Justina Sin duda entran hasta aquí
Porque siento afuera gente.
Livia No son ellos, Cipriano
Es.
Justina Pues ¿qué es lo que pretende
Cipriano aquí?

ESCENA IX

CIPRIANO, CLARIN, MOSCON.—JUSTINA, LIVIA

Cip. Serviros
Mi deseo es solamente.
Viendo salir la justicia
De vuestra casa, se atreve
A entrar aquí mi amistad,
Por lo que á Lisandro debe,
A solo saber (*Ap.* Turbado
Estoy), si acaso (*Ap.* ¡Qué fuerte
Hielo discurre mis venas!)
Si en algo serviros puede
Mi deseo. (*Ap.* ¡Qué mal dije!
Que no es hielo, fuego es este).
Justina Guárdeos el cielo mil años
Que en mayores intereses
Habeis de honrar á mi padre
Con vuestros favores.
Cip. Siempre
Estaré para serviros.
(*Ap.* ¿Qué me turba y enmudece?)
Justina El ahora no está en casa.
Cip. Luego bien, señora, puede
Mi voz decir la ocasión
Que aquí me trae, claramente;
Que no es la que habéis oído,
La que sola á entrar me mueve
A veces.
Justina Pues ¿qué mandais?

Cip. Que me oigais. Yo seré breve.
Hermosísima Justina,
En quien hoy ostenta ufana
La naturaleza humana
Tantas señas de divina:
Vuestra quietud determina
Hallar mi deseo este día;
Pero ved que es tiranía,
Como el efecto lo muestra,
Que os dé yo la quietud vuestra,
Y vos me quiteis la mía.
Lelio, de su amor movido
(¡No ví amor más disculpado!)
Floro, de su amor llevado,
(¡No ví error más permitido!)
El uno y otro han querido
Por vos matarse los dos:
Por vos lo he estorbado (¡ay Dios!)
Pero ved que es error fuerte
Que yo quite á otros la muerte,
Para que me la deis vos.
Por excusar el que hubiera
Escándalo en el lugar,
De su parte os vengo á hablar
(¡Oh nunca á hablaros viniera!)
Porque vuestra elección fuera
Arbitro de sus recelos,
Como juez de sus desvelos;
Pero ved que es gran rigor
Que yo componga su amor,
Y vos dispongais mis celos.

Hablaros, pues ofrecí
Señora, para que vos
Escogiérais de los dos
Cuál quereis (¡infeliz fui!),
Que á vuestro padre (¡ay de mí!
Os pida. Aquesto pretendo;
Pero ved (estoy muriendo)
Que es injusto (estoy temblando)
Que esté por ellos hablando,
Y que esté por mí sintiendo.

Justina De tal manera he extrañado
Vuestra vil proposición,
Que el discurso y la razón
En un punto me han faltado.
Ni á Floro ocasión he dado
Ni á Lelio, para que así
Vos os atrevais aquí;
Y bien pudierades vos
Escarmentar en los dos
Del rigor que vive en mí.

Cip. Si yo, por haber querido
Vos á alguno, pretendiera
Vuestro favor, mi amor fuera
Necio, infame y mal nacido.
Antes por haber vos sido
Firme roca á tantos mares,
Os quiero, y en los pesares
No escarmiento de los dos;
Que yo no quiero que vos
Me querais por ejemplares.
¿Qué diré á Lelio?

Justina Que crea
Los costosos desengaños
De un amor de tantos años.
Cip. ¿Y á Floro?
Justina Que no me vea.
Cip. ¿Y á mí?
Justina Que osado no sea
Vuestro amor.
Cip. ¿Cómo si es dios?
Justina ¿Será más dios para vos,
Que para los dos lo ha sido?
Cip. Sí.
Justina Pues ya yo he respondido
A Lelio, á Floro y á vos.

(*Vase y también Cipriano*)

ESCENA X

CLARÍN, MOSCÓN, LIVIA

Clarín Señora Livia
Moscón Señora
Livia.
Clarín Aquí estamos los dos.
Livia Pues ¿qué quereis vos? Y vos
¿Qué quereis?
Clarín Que usted ahora,
Por si por dicha lo ignora,
Sepa que bien la queremos.

Para matarnos nos vemos;
Pero atentos á no dar
Escándalo en el lugar,
Que uno escoja pretendemos.

Livia Es tan grande el sentimiento
De que así me hayais hablado,
Que mi dolor me ha dejado
Sin razón ni entendimiento.
¡Que uno escoja! ¿Hay sufrimiento
En lance tan importuno?
¡Uno yo! ¿Pues oportuno
No es para tener (¡ay Dios!)
Este ingenio á un tiempo dos
Que quereis que escoja uno?

Clarín ¿Dos á un tiempo, cómo quieres?
¿No te embarazaran dos?

Livia No, que de dos en dos los
Digerimos las mujeres.

Moscón ¿De qué suerte te prefieres
A eso?

Livia ¡Qué necia porfía!
Queriéndoos la lealtad mía...

Moscón ¿Cómo?

Livia *Alternative.*

Clarín Pues
¿Qué es *alternative?*

Livia Es
Querer á cada uno un día. (*Vase*).

Moscón Pues yo escojo este primero.

Clarín Mayor será el de mañana:
Yo le doy de buena gana.

Moscón Livia, en fin, por quien yo muero,
Hoy me quiere y hoy la quiero,
Bien es que tal diche goce.
Clarín Oye usted, ya me conoce.
Moscón ¿Por qué lo dice? Concluya.
Clarín Porque sepa que no es suya,
Así como dén las doce. (*Vase*).

Calle

ESCENA XI

FLORO y LELIO, de noche, cada uno por su parte

Lelio (*Para sí*). Apenas la oscura noche
Extendió su manto negro,
Cuando yo á adorar la esfera
De aquestos umbrales vengo
Que aunque hoy por Cipriano
Tengo suspenso el acero,
No el afecto; que no pueden
Suspenderse los afectos.
Floro (*Para sí*). Aquí me ha de hallar el al-
Que en otra parte violento (ba;
Estoy, porque en fin, en otra
Estoy fuera de mi centro.
¡Quiera amor que llegue el día
Y la respuesta que espero
Con Cipriano, tocando,
O la ventura ó el riesgo!

Lelio (*Ap.*) Ruído en aquella ventana
He sentido.
Floro (*Ap.*) Ruído han hecho
En aquel balcón.

ESCENA XII

EL DEMONIO, abriendo una ventana de casa de Lisandro.—FLORO, LELIO,

Lelio (*Ap.*) Un bulto
Sale dél, á lo que puedo
Distinguir.
Floro (*Ap.*) Gente se asoma
A él, que entre sombras veo.
Dem. (*Para sí*). Para las persecuciones
Que hacer en Justina intento,
A difamar su virtud
Desta manera me atrevo.
(*Baja por una escala*).
Lelio (*Ap.*) Mas ¡ay infeliz! ¡Qué miro!
Floro (*Ap.*) Pero ¡ay infeliz! ¡Qué veo!
Lelio (*Ap.*) El negro bulto se arroja
Ya desde el balcón al suelo.
Floro (*Ap.*) Un hombre es que de su casa
Sale. No me mateis celos,
Hasta que sepa quién es.
Lelio (*Ap.*) Reconocerle pretendo

Averiguar de una vez
Quién logra el bien que yo pierdo.

(*Llegan los dos con las espadas desnudas á reconocer á quién bajó).*

Dem. (*Para sí*). No sólo he de conseguir
Hoy de Justina el desprecio,
Sino rencores y muertes,
Ya llegan: ábrase el centro,
Dejando esta confusión
A sus ojos.

(*Húndese y quedan frente á frente Floro y Lelio.*)

ESCENA XIII

FLORO, LELIO

Lelio Caballero,
Quien quiera que seais, á mí
Me ha importado conoceros;
Y á todo trance restado
Con esta demanda vengo.
Decid quién sois.

Floro Si os obliga
A tan valiente despecho
Saber en quien ha caído
Vuestro amoroso secreto,
Más que á vos el conocerme,

Me importa á mí el conoceros;
Que en vos es curiosidad,
Y en mí más, porque son celos.
¡Vive Dios, que he de saber
Quién es de la casa dueño,
Y quién á estas horas gana,
Por ese balcón saliendo,
Lo que yo pierdo llorando
A estas rejas!

Lelio ¡Bueno es eso
Querer deslumbrar ahora
La luz de mis sentimientos,
Atribuyéndome á mí
Delito que sólo es vuestro!
Quien sois tengo de saber,
Y dar muerte á quien me ha muerto
De celos, saliendo ahora
Por ese balcón.

Floro ¡Qué necio
Recato encubrirse cuando
Está el amor descubriendo!

Lelio En vano la lengua apura
Lo que mejor el acero
Hará.

Floro Con él os respondo.

(Riñen los dos).

Lelio Quién ha sido, saber tengo,
Hoy el admitido amante
De Justina.

Floro Ese es mi intento.
Moriré ó sabré quién sois.

ESCENA XIV

CIPRIANO, MOSCÓN, CLARÍN.—FLORO, LELIO

Cip. Caballeros, deteneos,
Si á aquesto puede obligaros
Haber llegado á este tiempo.
Floro Nada me puede obligar
A que deje el fin que intento,
Cip. ¿Floro?
Floro Sí, que con la espada
En la mano, nunca niego
Mi nombre.
Cip. A tu lado estoy,
Muera quien te ofende.
Lelio Menos
Que temer me daréis todos,
Que él me daba solo.
Cip. ¿Lelio?
Lelio Sí.
Cip. Ya no estoy á tu lado, (*A Floro*).
Porque es fuerza estar en medio.
¿Qué es ésto? ¡En un día dos veces
He de hallarme á componeros!
Lelio Esta la última será,
Porque ya estamos compuestos;
Que con haber conocido
Quien es de Justina dueño,
No le queda á mi esperanza,
Ni aun el menor pensamiento.

Si no has hablado á Justina,
Que no la hables te ruego
De parte de mis agravios
Y mis desdichas, habiendo
Visto que Floro merece
Sus favores en secreto.
Dese balcón ha bajado
De gozar el bien que pierdo;
Y no es mi amor tan infame,
Que haya de querer, atento
A celos averiguados,
Con desengaños tan ciertos. *(Vase.)*

Floro Espera.

ESCENA XV

CIPRIANO, FLORO, MOSCON, CLARIN

Cip. No has de seguirle
(*Ap.* De haberle oído estoy muerto);
Que si es él el que ha perdido
Lo que has ganado, y dispuesto
A olvidar está, no es bien
Apurar su sufrimiento.

Floro Tú y él apurais el mío
Con estas cosas á un tiempo;
Y así, á Justina no hables
Por mí; que aunque yo pretendo
A costa de mis agravios

Vengarme de mis desprecios
Ya la esperanza de ser
Suyo cesó, porque creo
Que no es noble el que porfía
Sobre averiguados celos. *(Vase.)*

ESCENA XVI

CIPRIANO, MOSCON, CLARIN

Cip. (*Ap.* ¿Qué es esto, cielos? ¿qué escucho?
¿El uno del otro á un tiempo
Unos mismos celos tienen?
¿Yo de uno y otro los tengo?
Los dos sin duda padecen
Algún engaño, y yo tengo
Que agradecerles, pues ya
Los dos desisten en esto
De su pretensión. Desdichas,
Aunque haya sido consuelo
Este discurso, buscado
De mis ansias, le agradezco.)
Moscon, prevenme mañana
Galas; Clarín, tráeme luego
Espada y plumas; que amor
Se regala en el objeto
Airoso y lucido; y ya,
Ni libros, ni estudios quiero,
Porque digan que es amor
Homicida del ingenio. *(Vanse.)*

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

CIPRIANO, MOSCON y CLARIN, vestidos de gala.

Cip. (*Ap.* Altos pensamientos míos,
¿Dónde, dónde me traeis,
Si ya por cierto teneis
Que son locos desvaríos
Los que osados intentais,
Pues atreviendoos al cielo,
Precipitados de un vuelo
Hasta el abismo bajais?
Ví á Justina... ¡A Dios pluguiera
Que nunca viera á Justina,
Ni en su perfección divina
La luz de la cuarta esfera!
Dos amantes la pretenden,

Uno del otro ofendido;
Y yo á dos celos rendido,
Aún no sé los que me ofenden:
Solo sé que mis recelos
Me despeñan con sus furias
De un desdén á las injurias,
De un agravio á los desvelos.
Todo lo demás ignoro,
Y en tan abrasado empeño,
Cielos, Justina es mi dueño,
Cielos, á Justina adoro.)
Moscón.

Moscón Señor.
Cip. Ve si está
Lisandro en casa.
Moscón Es razón.
Clarín No es; yo iré, porque Moscón
Hoy no puede entrar allá.
Cip. ¡Oh qué cansada porfía
Siempre la de los dos fue!
¿Por qué no puede? ¿por qué?
Clarín Porque hoy, señor, no es su día:
Mío sí, y de buena gana
A dar el recado voy;
Que yo allá puedo entrar hoy,
Y Moscón no, hasta mañana.
Cip. ¿Qué nueva locura es esta,
Añadida al porfiar?
Ni tú ni él habéis de entrar
Ya, pues su luz manifiesta
Justina.

Clarín De fuera viene
Hácia su casa.

ESCENA II

JUSTINA y LIVIA, con mantos.—CIPRIANO, MOSCON y CLARIN.

Justina ¡Ay de mí!
Livia, Cipriano está aquí. (*Ap. á ella.*)
Cip. (*Ap.* Disimular me conviene
De mis celos los desvelos,
Hasta apurarlos mejor.
Solo la hablaré en mi amor,
Si lo permiten mis celos.)
No en vano, señora, ha sido
Haber el traje mudado,
Para que, como criado,
Pueda á vuestros piés rendido
Serviros. A mereceros
Esto lleguen mis suspiros:
Dad licencia de serviros,
Pues no la dais de quereros.
Justina Poco, señor, han podido
Mis desengaños con vos,
Pues que no han podido...
Cip. ¡Ay Dios!
Justina Mereceros un olvido.
¿De qué manera quereis
Que os diga cuánto es en vano

La asistencia, Cipriano,
Que á mis umbrales tenéis?
Si días, si meses, si años,
Si siglos á ellos estais,
No espereis que á ellos oigais
Sino solos desengaños:
Porque es mi rigor de suerte,
De suerte mis males fieros,
Que es imposible quereros,
Cipriano, hasta la muerte.

(*Vase retirando*).

Cip. *(Siguiéndola.)* La esperanza que me [dais,
Ya dichoso puede hacerme.
Si en muerte habeis de quererme,
Muy corto plazo tomais.
Yo le acepto, y si á advertir
Llegais cuán presto ha de ser,
Empezad vos á querer,
Que ya empiezo yo á morir.

(*Vase Justina.*)

ESCENA III

CIPRIANO, MOSCON, CLARIN, LIVIA

Clarín En tanto que mi señor,
Livia, triste y discursivo,
Está de esqueleto vivo
Desengañando su amor
Dame los brazos.

Livia Paciencia
Ten, mientras que considero
Si es tu día; que no quiero
Encargar yo mi conciencia.—
Martes sí, miércoles no.
Clarín ¿Qué cuentas, pues ha callado
Moscón?
Livia Puede haberse errado,
Y no quiero errarme yo;
Porque no quiero, si arguyo
Que justicia he de guardar,
Condenarme por no dar
A cada uno lo que es suyo.—
Pero bien dices, tu día
Es hoy.
Clarín Pues dame los brazos.
Livia Con mil amorosos lazos.
Moseón ¿Oye usarced, reina mía?
Bien ve usarced con la gana
Que hoy aquesos lazos hace
Dígolo porque me abrace
Con la misma á mí mañana.
Livia Excusada es la sospecha
De que á usted no satisfaga,
Ni quiera Júpiter que haga
Yo una cosa tan mal hecha
Como usar de demasía
Con nadie. Yo abrazaré
Con mucha equidad á usted
Cuando le toque su día. (*Vase.*)

ESCENA IV

CIPRIANO, MOSCON, CLARIN

Clarín Por lo menos, no he de vello
Yo.
Moscón Pues eso ¿qué ha importado?
¿Puede á mí haberme agraviado
Jamás, si reparo en ello,
Una moza que no es mía?
Clarín No.
Moscón Luego yo bien porfío
Que no ha sido en daño mío
Lo que no ha sido en mi día.
Mas ¿qué hace nuestro amo allí
Tan suspenso?
Clarín Por si á hablar
Llega algo, quiero escuchar.
Moscón Y yo también.
Cip. ¡Ay de mí!

(*Al irse acercando cada uno por su lado, Cipriano con la acción les da á entrambos.*)

¡Que tanto, amor, desconfíes!
Clarín ¡Ay de mí!
Moscón ¡Ay de mí! también.
Clarín Llamar á este sitio es bien
La isla de los ay-de-míes.

Cip. ¿Aquí estábades los dos?
Clarín Yo bien juraré que estaba.
Moscón Yo y todo.
Cip. Desdicha, acaba
De una vez conmigo. ¡Ay Dios!
¿Vióse en tan nuevos extremos
El humano corazón? (*Vanse.*)

Campo.

ESCENA V

CIPRIANO, CLARIN, MOSCON

Clarín ¿Adonde vamos, Moscón?
Moscón En llegando lo sabremos.
Pero fuera del lugar
Camina.
Clarín Excusado es
Salirnos al campo, pues
No tenemos qué estudiar.
Cip. Clarín, vete á casa.
Moscón ¿Y yo?
Clarín ¿Tú te habías de quedar?
Cip. Los dos me habeis de dejar.
Clarín A entrambos nos lo mandó.

(*Vanse Clarín y Moscón.*)

ESCENA VI

CIPRIANO

Confusa memoria mía,
No tan poderosa estés,
Que me persuadas que es
Otra alma la que me guía.
Idólatra me cegué,
Ambicioso me perdí,
Porque una hermosura ví,
Porque una deidad miré;
Y entre confusos desvelos
De un equívoco rigor,
Conozco á quien tengo amor,
Y no de quien tengo celos.
Y tanto aquesta pasión
Arrastra mi pensamiento,
Tanto (¡ay de mí!) este tormento
Lleva mi imaginación,
Que diera (despecho es loco,
Indigno de un noble ingenio)
Al más diabólico genio
(Harto al infierno provoco),
Ya rendido y, ya sujeto
A penar y padecer,
Por gozar esta mujer,
Diera el alma.

ESCENA VII

EL DEMONIO.—CIPRIANO

Dem. (*Dentro.*) Yo la aceto.

(*Suena ruído de truenos, con tempestad y rayos.*)

Cip. ¿Qué es esto, cielos puros?
¡Claros á un tiempo, y en el mismo os-
Dando al día desmayos! [curos
Los truenos, los relámpagos y rayos
Abortan de su centro
Los asombros que ya no caben dentro.
De nubes todo el cielo se corona,
Y preñado de horrores, no perdona
El rizado copete deste monte.
Todo nuestro horizonte
Es ardiente pincel del Mongibelo,
Niebla el sol, humo el aire, fuego el cie-
¡Tanto ha que te dejé, filosofía, [lo.
Que ignoro los efectos deste día!
Hasta el mar sobre nubes se imagina
Desesperada ruína,
Pues crespo sobre el viento en leves
[plumas,
Le pasa por pavesas las espumas,
Naufragando una nave,
En todo el mar parece que no cabe;
Pues el amparo más seguro y cierto

Es cuando huye la piedad del puerto.
El clamor, el asombro y el gemido
Fatal presagio han sido
De la muerte que espera; y lo que tarda
Es porque esté muriendo lo que aguar-
[da.
Y aun en ella también vienen porten-
[tos;
No son todos de cielos y elementos.
Sin duda se vistió de la tormenta;
A chocar con la tierra
Viene. Ya no es del mar solo la guerra,
Pues la que se le ofrece,
Un peñasco le arrima en que tropiece,
Porque la espuma en sangre se salpi-
[que.

(*Suena la tempestad, y dan voces dentro.*)

Voces dentro. Que nos vamos á pique.
Dem. (*Dentro.*) En una tabla quiero
Salir á tierra, para el fin que espero.
Cip. Porque su horror se asombre,
Burlando su poder, escapa un hombre,
Y el bajel, que en las ondas ya se ofus-
[ca,
El camarín de los tritones busca,
Y en crespo remolino,
Es cadáver del mar, cascado el pino.

(*Sale el Demonio, mojado, como que sale del mar.*)

Dem. (*Para sí.* Para el prodigio que inten-
Hoy me ha importado fingir [to,
Sobre campos de zafir,
Este espantoso portento;
Y en forma desconocida
De la que otra vez me vió,
Cuando en este monte yo
Miré mi ciencia excedida,
Vengo á hacerle nueva guerra,
Valiéndome así mejor
De su ingenio y de su amor.)
Dulce madre, amada tierra,
Dame amparo contra aquel
Mónstruo que de sí me arroja.

Cip. Pierde, amigo, la congoja
Y la memoria cruel
De tu reciente fortuna,
Viendo en tu mayor trabajo
Que no hay firme bien debajo
De los cercos de la luna.

Dem. ¿Quién eres tú, á cuyas plantas
Mi fortuna me ha traído?

Cip. Quien, de la piedad movido
De penas y ruinas tantas,
Serte de alivio quisiera.

Dem. Imposible vendrá á ser;
Que no le puedo tener
Yo jamás.

Cip. ¿De qué manera?

Dem. Todo mi bien he perdido...
Pero sin razón me quejo,

Pues ya con la vida dejo
Mis memorias al olvido.

Cip. Ya que de aquel torbellino
El terremoto cesó,
Y el cielo á su paz volvió,
Manso, quieto y cristalino,
Con tal priesa, que su grave
Enojo nos da á entender
Que sólo debió de ser
Hasta sumergir tu nave,
Dime quién eres, siquiera
Por la piedad que me das.

Dem. Más de lo que has visto y más
De lo que decir pudiera,
Me cuesta el llegar aquí;
Que en mi fortuna cruel,
La menor es del bajel.
¿Quieres ver si es cierto?

Cip. Sí.

Dem. Yo soy, pues saberlo quieres,
Un epílogo, un asombro
De venturas y desdichas,
Que unas pierdo y otras lloro.
Tan galán fuí por mis partes,
Por mi lustre tan heroico,
Tan noble por mi linaje
Y por mi ingenio tan docto,
Que aficionado á mis prendas
Un rey, el mayor de todos
(Puesto que todos le temen,
Si le ven airado el rostro),

En su palacio cubierto
De diamantes y piropos
(Y aun si los llamase estrella
Fuera el hipérbole corto),
Me llamó valido suyo,
Cuyo aplauso generoso
Me dió tan grande soberbia,
Que competí al régio solio,
Queriendo poner las plantas
Sobre sus dorados tronos.
Fue bárbaro atrevimiento:
Castigado lo conozco.
Loco anduve; pero fuera
Arrepentido, más loco.
Más quiero en mi obstinación
Con mis alientos briosos
Despeñarme de bizarro,
Que rendirme de medroso.
Si fueron temeridades,
No me ví en ellas tan solo,
Que de sus mismos vasallos
No tuviese muchos votos.
De su corte, en fin, vencido,
Aunque en parte victorioso,
Salí arrojando venenos
Por la boca y por los ojos,
Y pregonando venganzas,
Por ser mi agravio notorio;
Logrando en las gentes suyas
Insultos, muertes y robos,
Los anchos campos del mar,

Sangriento pirata corro,
Argos ya de sus bajíos,
Y lince de sus escollos.
En aquel bajel que el viento
Desvaneció en leves soplos,
En aquel bajel que el mar
Convirtió en ruína sin polvo,
Esas campañas de vidrio
Hoy corría codicioso,
Hasta examinar un monte
Piedra á piedra y tronco á tronco;
Porque en él un hombre vive
Y á buscarle me dispongo,
A que cumpla una palabra,
Que él me ha dado y yo le otorgo.
Embistióme esta tormenta;
Y aunque pudo prodigioso
Mi ingenio enfrenar á un tiempo
Al euro, al cierzo y al noto,
No quise desesperado
Por otras causas, por otros
Fines, convertirlos hoy
En regalados favonios.
(*Ap.* Que pude, dije, y no quise:
Aquí de su ingenio noto
Los riesgos, pues desta suerte
A mágicas le aficiono).
No te espantes del despecho,
Ni del prodigio tampoco:
De aquel, porque yo con ira
Me diera muerte á mí propio;

Ni deste, porque con ciencias
Daré al sol pálido asombro.
Soy en la magia que alcanzo,
El registro poderoso
Desos orbes: línea á línea
Los he discurrido todos.
Y porque no te parezca
Que sin ocasión blasono,
Mira si á este mismo instante
Quieres que lo oculto y tosco
Desde Nembrot de peñascos,
Más bruto que el babilonio,
Te facilite lo horrible,
Sin que pierda lo frondoso,
Este soy, huérfano huésped
Destos fresnos, destos chopos;
Y aunque este soy, á tus plantas
Quiero pedirte socorro;
Y quiero en el que me dieres,
Librarte el bien que te compro
Con el afán de mi estudio,
Que en experiencias abono,
Trayéndote á tu albedrío
(*Ap.* Aquí en el amor le toco)
Cuanto te pida el deseo
Más avaro y codicioso.
Y en tanto que no le aceptes,
Ya de cortés, ya de corto,
Págate de los deseos,
Si es que en tí no los malogro;
Que por la piedad que muestras

(Que agradezco y que conozco),
Seré tu amigo tan firme,
Que ni el repetido mónstruo
De sucesos, la fortuna,
Que entre baldones y elogios,
Próspera y adversa muestra
Lo avaro y lo generoso;
Ni en su contínua tarea
Corriendo y volando á tornos
El tiempo, imán de los siglos,
Ni el cielo, ni el cielo proprio,
A cuyos astros el mundo
Debe el bellísimo adorno,
Tendrán poder de apartarme
De tu lado un punto solo,
Como aquí me des amparo;
Y aun todo aquesto es muy poco
Para lo que yo intereso,
Si mis pensamientos logro.

Cip. Puedo decir que al mar albricias pido
De que te hayas perdido,
Y á este monte llegaras
Donde verás bien claras, (co,
Muestras de la amistad que ya te ofrez-
Si feliz por mi huésped te merezco:
Y así vente conmigo; (go.
Que he de estimarte por seguro ami-
Mi huésped has de ser, mientras qui-
Servirte de mi casa. (sieres

Dem. ¿Ya me quieres
Por tuyo?

Cip. Con los brazos
Firme nuestra amistad eternos lazos.
(*Ap.* ¡Oh si á alcanzar llegase
Que aqueste hombre la magia me en-
(señase!
Pues con ella quizá mi amor podría
En parte divertir la pena mía;
O podría mi amor quizá con ella
En todo conseguir la causa bella
De mi rabia, mi furia y mi tormento.)
Dem. (*Ap.*) Ya al ingenio y amor le miro
(atento.

ESCENA VIII

CLARÍN y MOSCÓN, cada uno por su parte corriendo.—CIPRIANO, EL DEMONIO.

Clarín ¿Estás vivo, señor?
Moscón (*A Clarín*). ¡Civilidades
Gastas por novedades!
Claro está, pues le miras que está vi-
(vo.
Clarín He usado deste modo admirativo
Para ponderación, noble lacayo,
Del milagro que fue no darle un rayo
De tantos como vió aquesta montaña.
Moscón Pues el mirarle ¿no te desengaña?

Cip. Estos son mis criados.—
¿A qué volveis?
Moscón A darte más enfados.
Dem. Tienen alegre humor.
Cip. A mí me tienen
Cansado, porque siempre necios vie-
(nen.
Moscón ¿Quién es aqueste hombre,
Señor?
Cip. Un huésped mío, no os asombre.
Clarín ¿Para qué quieres huéspedes ahora?
Cip. (*Al Demonio*). Lo que merece tu valor
(ignora.
Moscón Mi señor hace bien. ¿Has de heredalle?
Clarín No; pero tiene talle
El tal huésped si acaso no me engaño,
De estarse en casa un año y otro año.
Moscón ¿De qué lo infieres?
Clarín Cuando aprisa pasa
Un huésped, decir suelen: «No hará
Mucho humo»; y de aqueste (en casa
Moscón Dí.
Clarín Presumo
Moscón ¿Qué?
Clarín Que ha de hacer en casa mucho humo.
Cip. Para que te repares
De las iras del mar y tus pesares,
Vente conmigo.
Dem. Voy á obedecerte.
Cip. Tu descanso procuro.
Dem. (*Ap.*) Yo tu muerte.

Y pues ya he conseguido
El mirarme contigo introducido,
Ir á alterar mi saña determina
De otra suerte también la de Justina).
(*Vanse Cipriano y el Demonio*).

Clarín ¿No sabes qué he pensado?
Moscón ¿Qué?
Clarín Que del terremoto ha reventado
Algún volcán; que mucho azufre he (olido.
Moscón Que es el huésped á mí me ha pare- (cido.
Clarín Malas pastillas gasta. Mas ya infiero
La causa.
Moscón ¿Qué es?
Clarín El pobre caballero
Debe de tener sarna, y hase untado
Con ungüento de azufre.
Moscón En ello has dado. (*Vase*).

Calle

ESCENA IX

LELIO, FABIO

Fabio En fin, ¿vuelves á esta calle?
Lelio La vida en ella perdí,
Y vuelvo á buscarla aquí:
Quiera amor que yo la halle.
¡Ay de mí¡

Fabio A la puerta estás
De la casa de Justina.
Lelio ¿Qué importa, si hoy determina
Mi amor declararse más?
Que pues á ver he llegado
Que á otro de noche se fía,
No es mucho que yo de día
Desahogue mi cuidado.
Retírate tú, porque
El entrar solo es mejor.
Mi padre es gobernador
De Antioquía: bien podré
Con este aliento y la furia
Que á despeñarme camina,
En casa entrar de Justina,
Y quejarme de su injuria. (*Vanse*).

Sala en casa de Lisandro

ESCENA X

JUSTINA: y luego LELIO

Justina Livia... Mas ¿quién está al paso?
(*Sale Lelio*).
Lelio Yo soy.
Justina Pues ¿qué novedad,
Señor, qué temeridad
Obliga?...
Lelio Cuando me abraso

Tanto á mis celos sujeto,
No lo he de estar á tu honor.
Perdona, que con mi amor
Ha espirado tu respeto.
Justina ¿Pues cómo tan atrevido
Osas...
Lelio Como estoy furioso.
Justina Entrar...
Lelio Como estoy celoso.
Justina Aquí...
Lelio Como estoy perdido.
Justina Sin advertir y sin ver
El escándalo que da
Qué...?
Lelio No te aflijas, pues ya
Tienes poco que perder.
Justina Mira, Lelio, mi opinión.
Lelio Justina, eso mejor fuera
Que tu voz se lo dijera
A quien por ese balcón
Sale de noche. No quiero
Más de que sepas que sé
Tus liviandades, porque
Menos ingrato y severo
Tu honor esté con mi amor;
Que es tu desdén más injusto
Porque tienes otro gusto,
Que porque tienes honor.
Justina Calla, calla, no hables más.
¿Quién en mi casa se atreve,
Ni quién en mi ofensa mueve

Paso y voz? ¿Tan ciego estás,
Tan atrevido, tan loco,
Que con fingidas quimeras,
Eclipsar las luces quieras
Que aun al sol tienen en poco?
Hombre de mi casa...

Lelio Sí.

Justina ¿Por mi balcón?...

Lelio Mi dolor.
Lo diga, ingrata.

Justina ¡Ay honor!
Volved por vos y por mí.

ESCENA XI

EL DEMONIO, por la puerta que está á espaldas de Justina.—Dichos.

Dem. *(Ap.)* Acudiendo mi furor
A los dos cargos que tengo,
A esta casa á entablar vengo
El escándalo mayor
Del mundo; y pues ya este amante
Tan despechado y tan ciego
Está, avívese su fuego.
Ponerme quiero delante,
Y como huyendo, después
De ser visto, retirarme.
(*Hace como que va á salir, y en viéndole Lelio se reboza y vuelve á entrarse*).

Justina Hombre, ¿vienes á matarme?
Lelio No, sino á morir.
Justina ¿Qué ves
Que de nuevo te has mudado?
Lelio Los engaños tuyos veo.
Dí ahora que mi deseo
Mis ofensas ha inventado.
Un hombre deste aposento
Iba á salir: como vió
Gente, embozado volvió
A retirarse.
Justina En el viento
Te finge tu fantasía
Ilusiones.
Lelio ¡Pena brava!
Justina ¿Pues de noche no bastaba,
Lelio, más también de día
La luz quieres engañar?
Lelio Si es engaño ó no es engaño,
Así veré el desengaño.
(*Entrase por donde estaba el Demonio.*)

Justina No te lo quiero excusar,
Porque la inocencia mía,
A costa desta licencia,
Desvanezca la apariencia
De la noche con el día

ESCENA XII

LISANDRO.—JUSTINA; LELIO, dentro

Lisand. Justina.
Justina (*Ap.*) Esto me faltaba.
¡Ay de mí, si Lelio sale
Estando Lisandro aquí!
Lisand. Mis desdichas mis pesares
Vengo á consolar contigo.
Justina ¿Qué tienes que en el semblante
Muestras disgusto y tristeza?
Lisand. No es mucho, cuando se rasgue
El corazón. Con el llanto
Pasar no puedo adelante.

(*Aparece Lelio á la puerta del cuarto*).

Lelio (*Ap.*) Ahora acabo de creer
Que sombras los celos hacen,
Pues no está en este aposento,
Ni tuvo por donde echarse
El hombre que ví.
Justina (*Ap. á Lelio*). No salgas,
Lelio, que está aquí mi padre.
Lelio Esperaré á que se ausente,
Convalecido en mis males. (*Retírase*).
Justina ¿De qué lloras? ¿Qué suspiras?
¿Qué tienes, señor? ¿Qué traes?
Lisand. Tengo el dolor más sensible,
Traigo la pena más grave,

Que vió la tierna piedad,
Para ejemplos miserables,
Con que la crueldad se baña
De tanta inocente sangre.
Al Gobernador envía
El césar Decio inviolable
Un decreto... Hablar no puedo.
Justina (*Ap.*) ¿Quién vió pena semejante?
Lisandro, compadecido
De los cristianos ultrajes,
Conmigo habla, sin saber
Que Lelio puede escucharle,
Hijo del Gobernador.
Lisand. En fin, Justina...
Justina No pases,
Señor, si así has de sentirlo,
Con el discurso adelante.
Lisand. Déjame que le repita;
Que contigo, es aliviarle.
En él manda...
Justina No prosigas,
Cuando es tan justo que engañes
Tu vejez con más sosiego.
Lisand. Cuando, porque me acompañes
En los sentimientos vivos
Que bastan para matarme,
Te doy cuenta del decreto
Más cruel que vió la márgen
Del Tiber, con sangre escrito
Para manchar sus cristales,
¡Me diviertes! De otra suerte

Solías, Justina, escucharme
Estas lástimas.

Justina Señor,
No son los tiempos iguales.

Lelio (*Ap. al paño*). No oigo todo lo que ha-
Sino destroncado á partes. (blan,

ESCENA XIII

FLORO.—JUSTINA, LISANDRO; LELIO, al paño

Floro (*Ap.*) Licencia tiene un celoso
Que llega á desengañarse
De una hipócrita virtud,
Sin que más respetos guarde.
Con este intento hasta aquí...
Mas con ella está su padre:
Esperaré otra ocasión.

Lisand. ¿Quien pisa aquestos umbrales?

Floro (*Ap.*) Ya no es posible ¡ay de mí!
Que me vuelva sin hablarle,
Daréle alguna disculpa.)
Yo soy...

Lisand. ¿Tú en mi casa?

Floro A hablarte
Vengo, si me das licencia,
Sobre un negocio importante.

Justina (*Ap*). Duélete de mí, fortuna;
Que son estos muchos lances.

Lisand. Pues ¿qué mandas?
Floro (*Ap*). ¿Qué diré
Que deste empeño me saque?
Lelio (*Al paño*). ¡Floro en casa de Justina
Con libertad entra y sale!
Si son fingidos aquellos
Celos, ya estos son verdades.
Lisand. Mudado traes el color.
Floro No te admires, no te espantes,
Que vengo á darte un aviso,
Que es á tu vida importante,
De un enemigo que tienes,
Que de tu muerte en alcance
Anda. Esto basta que diga.
Lisand. (*Ap.* Sin duda que Floro sabe
Que yo soy cristiano, y viene
Con esta causa á avisarme
De mi peligro). Prosigue
Y nada, Floro, me calles.

ESCENA XIV

LIVIA.—JUSTINA, LISANDRO, FLORO; LELIO, al paño.

Livia Señor, el Gobernador
Me ha mandado que te llame,
Y á la puerta está esperando.
Floro Mejor será que yo aguarde.
(*Ap.* Pensaré en tanto el engaño)
Y así es bien que le despaches.

Lisand. Estimo tu cortesía.
Aquí volveré al instante.

(*Vanse Lisandro y Livia*).

ESCENA XV

JUSTINA; FLORO, LELIO, al paño

Floro ¿Eres tú la virtüosa,
Que á las lisonjas süaves
Del templado viento llamas
Descomedidos ultrajes?
Pues ¿cómo de tu recato
Y de tu casa las llaves
Rendiste?
Justina Floro, detente:
No tan descortés agravies
Opinión de qnien el sol
Hizo el más costoso exámen
De pura y limpia.
Floro Ya llega
Aquesa vanidad tarde,
Pues ya yo sé á quién has dado
Libre entrada...
Justina ¿Que así hables?
Floro Por un balcón.
Justina No pronuncies...
Floro A tu honor...
Justina ¿Que así trates?

Floro Sí, que no merecen más
Hipócritas humildades.
Lelio (*Ap.*) Floro no fue el del balcón.
Sin duda que hay otro amante,
Puesto que ni él ni yo fuímos.
Justina Pues tienes ilustre sangre,
No ofendas nobles mujeres.
Floro ¡Que noble mujer te llames,
Cuando á tus brazos le admites,
Y por tus balcones sale!
Rindióte el poder; que como
Es gobernador su padre,
Te llevó la vanidad
De ver que á Antioquía mande
Lelio De mí habla.
Floro Sin mirar
Otros defectos más grandes,
Que la autoridad encubre
En sus costumbres y sangre.
Pero no...

(*Sale Lelio*).

Lelio Floro, detente,
Y no en mi ausencia me agravies;
Que hablar del competidor
Mal, es de pechos cobardes.
Y salgo á que no prosigas
Corrido de tantos lances
Como contigo he tenido,
Sin que en ninguno te mate.
Justina ¿Quién, sin culpa, se vió nunca
En tan peligrosos lances?

Floro Cuanto yo de tí dijera
Detrás, te diré delante,
Y es verdad no sospechosa.
(*Empuñan las espadas*).

Justina Tente, Lelio. Floro, ¿qué haces?
Lelio Tomar la satisfacción
Adonde escucho el desaire.
Floro Sustentaré lo que dije
Donde lo dije.
Justina ¡Libradme
Cielos de tantas fortunas!
Lelio Y yo sabré castigarte.

ESCENA XVI

EL GOBERNADOR, LISANDRO, Gente.—JUSTINA, LELIO, FLORO.

Todos los que salen. Tenéos.
Justina ¡Ay infelice!
Gob. ¿Qué es ésto? Mas no es bastante
Indicio espadas desnudas,
Para que pueda informarme?
Justina ¡Qué desdicha!
Lisand. ¡Qué pesar!
Lelio Señor...
Gob. Baste, Lelio, baste.
¿Tu inquieto siendo mi hijo?

¿Tú de mi favor te vales
Para alterar Antioquía?
Gob. Señor, advierte...
Lelio Llevadles;
Que no ha de haber excepción,
Ni privilegios de sangre,
Para no igualar castigos,
Pues son las culpas iguales.
Lelio (*Ap.*) Celos traje y llevo agravios.
Floro (*Ap.*) Penas á penas se añaden.
Gob. En diferentes prisiones,
Y con gente que los guarde,
A los dos tened.—Y vos,
Lisandro, ¿tan nobles partes
Es posible que mancheis,
Sufriendo?...
Lisand. No, no os engañen
Deslumbradas apariencias,
Porque Justina no sabe
La ocasión.
Gob. ¿Dentro en su casa
Quereis que viva ignorante,
Mozos ellos, y ella hermosa?
En peligro tan culpable
Me templo, porque no digan
Que sentencio como parte,
Siendo apasionado juez;
Mas vos que esto ocasionásteis,
Ya perdida la vergüenza,
Se que volvereis á darme
Ocasión (que la deseo)

Para que nos desengañen
De vuestra virtud mentida
Verdaderas liviandades.
(*Vanse el Gobernador y la gente, con Lelio y Floro*).

ESCENA XVII

JUSTINA, LISANDRO

Justina Mis lágrimas os respondan.
Lisand. Ya lloras sin fruto y tarde.
¡Oh qué mal, Justina, hice
El día que á declararte
Llegué quién eras! ¡Oh nunca
Te contara que en la márgen
De un arroyo, en ese monte
Fuiste parto de un cadáver!
Justina Yo...
Lisand. No des satisfacciones.
Justina Los cielos han de abonarme.
Lisand. ¡Qué tarde será!
Justina No hay plazo
Que en la vida llegue tarde.
Lisand. Para castigar delitos.
Justina Para acrisolar verdades.
Lisand. Por lo que ví te condeno.
Justina Yo á tí por lo que ignoraste.
Lisand. Déjame, que voy muriendo,
Donde mi dolor me acabe.
Justina Pierda yo á tus piés la vida
Pero no me desampares. (*Vanse*).

Sala en casa de Cipriano. En el fondo una galería por donde se ve el campo.

ESCENA XVIII

CIPRIANO, EL DEMONIO, MOSCÓN, CLARÍN

Dem. Desde que en tu casa entré,
Te he visto sin alegría:
Profunda melancolía
En tu semblante se ve.
Tu alivio no es bien que estorbes,
Queriéndomelo ocultar,
Pues sabré destachonar
La clavazón de los orbes,
Por solo el menor deseo
Que te ofenda y te fatigue.
Cip. No habrá mágica que obligue
Al imposible que veo:
Son mis ánsias infelices.
Dem. Tu amistad me las confiese.
Cip. Quiero á una mujer.
Dem. ¿Y es ese
El imposible que dices?
Cip. Si tu supieras quién es...
Dem. Curiosa atención te doy,
Mientras que burlando estoy
De que tan cobarde estés.
Cip. La hermosa cuna temprana
Del infante sol que enjuga

Lágrimas cuando madruga,
Vestido de nieve y grana;
La verde prisión ufana
De la rosa cuando avisa
Que ya sus jardines pisa
Abril, y entre mansos hielos
Al alba es llanto en los cielos
Lo que es en los campos risa;
El detenido arroyuelo,
Que el murmurar más süave
Aun entre dientes no sabe,
Porque se los prende el hielo;
El clavel que en breve cielo
Es estrella de coral;
El ave, que liberal
Vestir matices presuma,
Veloz cítara de pluma
Al órgano de cristal;
El risco que al sol engaña,
Si á derretirle se atreve,
Pues gastándole la nieve,
No le gasta la montaña;
El laurel que el pie se baña
Con la nieve que atropella,
Y verde Narciso della,
Burla sin temer desmayos,
En esta parte los rayos,
Y los hielos en aquella;
Al fin, cuna, grana, nieve,
Campo, sol, arroyo, rosa,
Ave que canta amorosa,

Risa que aljófares llueve,
Clavel que cristales bebe,
Peñasco sin deshacer,
Y laurel que sale á ver
Si hay rayos que le coronen,
Son las partes que componen
A esta divina mujer.
Estoy tan ciego y perdido,
Porque mi pena te asombre,
Que por parecer á otro hombre,
Me engañé con el vestido.
Mis estudios dí al olvido
Como al vulgo mi opinión,
El discurso á mi pasión,
A mi llanto el sentimiento,
Mis esperanzas al viento,
Y al desprecio mi razón.
Dije (y haré lo que dije)
Que ofreciera liberal
El alma á un génio infernal
(De aquí mi pasión colige)
Porque este amor que me aflige
Premiase con merecella;
Pero es vana mi querella,
Tanto que presumo que es
El alma corto interés,
Pues no me la dan por ella.
Dem. ¿Tu valor ha de seguir
Los pasos desesperados
De amantes que se acobardan
En los primeros asaltos?

¿Tan lejos ejemplos viven
De bellezas que postraron
Su vanidad á los ruegos,
Su altivez á los halagos?
¿Quieres lograr tus deseos,
Siendo tu prisión sus brazos?

Cip. ¿Eso dudas?

Dem. Pues envía
Allá fuera esos criados,
Y quedemos los dos solos.

Cip. Idos allá fuera entrambos

Moscón Yo obedezco.

Clarin Y yo también.
(*Ap.* El tal huesped es el diablo).
(*Escóndese*).

Cip. Ya se fueron.

Dem. (*Ap.*) Poco importa
Que Clarín se haya quedado.

ESCENA XIX

CIPRIANO, EL DEMONIO; CLARÍN escondido

Cip. ¿Qué quieres ahora?

Dem. Esa puerta
Cierra.

Cip. Ya estamos solos.

Dem. Por gozar á esta mujer,

Aquí dijeron tus labios,
Que darás el alma.

Cip. Sí.

Dem. Pues yo te acepto el contrato.

Cip. ¿Qué dices?

Dem. Que yo le acepto.

Cip. ¿Como?

Dem. Como puedo tanto,
Que te enseñaré una ciencia
Con que podrás á tu mando
Traer la mujer que adoras;
Que yo, aunque tan docto y sabio,
Traerla para otro no puedo.
Las escrituras hagamos
Ante nosotros dos mismos.

Cip. ¿Quieres con nuevos agravios
Dilatar las penas mías?
Lo que ofrecí está en mi mano;
Pero lo que tú me ofreces
No está en la tuya, pues hallo
Que sobre el libre albedrío
Ni hay conjuros, ni hay encantos.

Dem. Hazme la cédula tú
Con tal condición.

Clarín (*Ap. al paño.*) ¡Mal año!
Según lo que ahora he visto,
No es muy bobo aqueste diablo.
¡Yo darle cédula! Aunque
Se me estuvieran mis cuartos
Sin alquilar veinte siglos,
No la hiciera.

Cip. Los engaños
Son para alegres amigos,
No para desconfiados.
Dem. Quiero darte un testimonio
De lo que yo puedo y valgo;
Algún indicio, aunque sea
De mi poder breve rasgo.
¿Qué vés desta galería?
Cip. Mucho cielo y mucho prado,
Un bosque, un arroyo, un monte.
Dem. ¿Qué es lo que más te ha agradado?
Cip. El monte, porque es en fin,
De la que adoro retrato.
Dem. Soberbio competidor
De la estación de los años,
Que te coronas de nubes,
Por bruto rey de los campos,
Deja el suelo, mide el viento:
Mira que soy quien te llamo.
Y mira tú si á una dama
Traerás, si yo á un monte traigo.

(*Múdase un monte de una parte á otra en el fondo del teatro.*)

Cip. ¡No ví más confuso asombro!
No ví prodigio más raro!
Clarín (*Ap.*) Con el espanto y el miedo
Estoy dos veces temblando.
Cip. Pájaro que al viento vuelas,
Siendo tus plumas tus ramos;
Bajel que en el viento surcas,

Siendo jarcias tus penachos,
Vuélvete á tu centro, y deja
La admiración y el espanto.

(Vuélvese el monte á su lugar primero.)

Dem. Si esta no es prueba bastante,
Pronuncien otra mis labios.
¿Quieres ver esa mujer
Que adoras?

Cip. Sí.

Dem. Pues rasgando
Las duras entrañas, tú,
Monstruo de elementos cuatro,
Manifiesta la hermosura
Que en tu oscuro centro guardo.

(Abrese un peñasco, y aparece Justina durmiendo.)

¿Es aquella la que adoras?

Cip. Aquella es la que idolatro.

Dem. Mira si dártela puedo,
Pues donde quiera la traigo.

Cip. Divino imposible mío,
Hoy serán centro tus brazos
De mi amor, bebiendo el sol
Luz á luz y rayo á rayo.

Dem. Detente, que hasta que firmes
La palabra que me has dado,
No puedes tocarla.

(Quiere llegar, y ciérrase el peñasco.)

Cip. Espera,

Parda nube del más claro
Sol que amaneció á mis dichas.—
Mas con el viento me abrazo.—
Ya creo tus ciencias, ya
Confieso que soy tu esclavo
¿Qué quieres que haga por tí?
¿Qué me pides?

Dem. Por resguardo
Una cédula firmada
Con tu sangre y de tu mano.

Clarín (*Ap.*) El alma le diera yo,
Por no haberme aquí quedado.

Cip. Pluma será este puñal,
Papel este lienzo blanco,
Y tinta para escribirlo
La sangre es ya de mis brazos.
(*Escribe con la daga en un lienzo, habiendose sacado sangre de un brazo.*)
(*Ap.* ¡Qué hielo! ¡qué horror! ¡qué asom-
Digo yo el gran Cipriano, (bro!
Que daré el alma inmortal
(¡Qué frenesí! ¡que letargo!)
A quien me enseñare ciencias
(¡Qué confusiones! ¡qué espantos!)
Con que pueda atraer á mí
A Justina, dueño ingrato:
Y lo firmé de mi nombre.

Dem. (*Ap.* Ya se rindió á mis engaños
El homenaje valiente,
Donde estaban tremolando

El discurso y la razón.)
¿Has escrito?

Cip. Sí, y firmado.

Dem. Pues tuyo es el sol que adoras.

Cip. Tuya por eternos años
Es el alma que te ofrezco.

Dem. Alma con alma te pago,
Pues por la tuya te doy
La de Justina.

Cip. ¿Qué tanto
Término para enseñarme
La magia tomas?

Dem. Un año,
Con condición...

Cip. Nada temas.

Dem. Que en una cueva encerrados,
Sin estudiar otra cosa
Hemos de vivir entrambos
Sirviéndonos solamente
A los dos este criado, (*Saca á Clarín.*)
Que curioso se quedó,
Pues con nosotros llevando
Su persona este secreto
Desta suerte aseguramos.

Clarín (*Ap.*) ¡Oh nunca yo me quedara!
¿Que habiendo vecinos tantos
Que acechen, no haya demonio
Que venga al punto á llevarlos?

Cip. Está bien. Dos dichas juntas
Ingenio y amor lograron,
Pues Justina será mía,

Y yo vendré á ser espanto
Del mundo con nuevas ciencias.

Dem. No salió mi intento vano.

Clarín El mío sí.

Dem. Ven con nosotros.
(*Ap.* Ya vencí el mayor contrario.)

Cip. Dichosos seréis, deseos,
Si tal posesión alcanzo.

Dem. (*Ap.* No ha de sosegar mi envidia
Hasta que los gane á entrambos.)
Vamos, y de aqueste monte
En lo oculto y lo intrincado
Oirás la primer lición
Hoy de la mágica.

Cip. Vamos,
Que con tal maestro mi ingenio,
Mi amor con dueño tan alto,
Eterno será en el mundo
El mágico Cipriano.

JORNADA TERCERA

Bosque. En el fondo una gruta.

ESCENA PRIMERA

CIPRIANO

Ingrata beldad mía,
Llegó el feliz, llegó el dichoso día,
Línea de mi esperanza,
Término de mi amor y tu mudanza,
Pues hoy será el postrero
En que triunfar de tu desdén espero.
Este monte, elevado
En sí mismo al alcázar estrellado,
Y aquesta cueva oscura,
De dos vivos funesta sepultura,
Escuela ruda han sido
Donde la docta mágica he aprendido,
En que tanto me muestro,

Que puedo dar lección á mi maestro.
Y viendo ya que hoy una vuelta ente-
(ra
Cumple el sol de una esfera en otra es-
(fera,
À examinar de mis prisiones salgo
Con la luz lo que puedo y lo que valgo.
Hermosos cielos puros,
Atended á mis mágicos conjuros;
Blandos aires veloces,
Parad al sabio estruendo de mis voces;
Gran peñasco violento,
Estremécete al ruido de mi acento;
Duros troncos vestidos,
Asombráos al horror de mis gemidos;
Floridas plantas bellas,
Al eco os asustad de mis querellas;
Dulces sonoras aves,
La acción temed de mis prodigios gra-
Bárbaras, crueles fieras, (ves;
Mirad las señas de mi afán primeras,
Porque ciegos, turbados,
Suspendidos, confusos, asustados,
Cielos, aires, peñascos, troncos, plan-
(tas,
Fieras y aves, estéis de ciencias tan-
Que no ha de ser en vano (tas;
El estudio infernal de Cipriano.

ESCENA II

EL DEMONIO.—CIPRIANO

Dem. Cipriano.
Cip. ¡Oh sabio maestro mío!
Dem. ¿A qué, usando otra vez de tu albe-
Mas que de mi preceto, drío,
Con qué fin, por qué causa, y á qué
Osado ó ignorante, efeto
Sales á ver del sol la faz brillante?
Cip. Viendo que ya yo puedo
Al infierno poner asombro y miedo,
Pues con tanto cuidado
La mágica he estudiado,
Que aun tú mismo no puedes
Decir si es que me igualas, que me ex-
Viendo que ya no hay parte (cedes;
Della, que con fatiga, estudio y arte
Yo no la haya alcanzado,
Pues la nigromancia he penetrado,
Cuyas líneas oscuras
Me abrirán las funestas sepulturas,
Haciendo que su centro
Aborte los cadáveres, que dentro
Tiranamente encierra
La avarienta codicia de la tierra,
Respondiendo por puntos
A mis voces los pálidos difuntos;
Y viendo, en fin, cumplida

La edad del sol que fue plazo á mi vi-
(da,
Pues corriendo veloz á su discurso,
Con el rápido curso,
Los cielos cada día,
Retrocediendo siempre á la porfía
Del natural, en que se juzga extraño,
El término fatal cumple hoy del año;
Lograr mis ánsias quiero,
Atrayendo á mi voz el bien que espe-
(ro.
Hoy la rara, hoy la bella, hoy la divi-
Hoy la hermosa Justina, (na,
En repetidos lazos
Llamada de mi amor, vendrá á mis
Que permitir no creo (brazos;
De dilación un punto á mi deseo.

Dem. Ni yo que le permitas
Quiero, si es este el fin que solicitas.
Con caracteres mudos
La tierra línea pues, y con agudos
Conjuros hiere el viento,
A tu esperanza y á tu amor atento.

Cip. Pues allí me retiro,
Donde verás que cielo y tierra admiro.
(*Vase.*)

Dem. Y yo te doy licencia,
Porque sé de tu ciencia y de mi ciencia
Que el infierno inclemente,
A tus invocaciones obediente,
Podrá por mí entregarte

A la hermosa Justina en esta parte;
Que aunque el gran poder mío
No puede hacer vasallo un albedrío,
Puede representalle
Tan extraños deleites que se halle
Empeñado á buscarlos,
Y inclinarlos podré, si no forzarlos.

ESCENA III

CLARIN.—EL DEMONIO

Clarin Ingrata deidad mía,
No Livia ardiente, sino Livia fría,
Llegó el plazo en que espero
Alcanzar si tu amor es verdadero;
Pues ya sé lo que basta
Para ver si eres casta, ó haces casta;
Que con tanto cuidado
Aquí la ciencia mágica he estudiado,
Que por ella he de ver (¡ay de mí tris-
(te!)
Si con Moscón acaso me ofendiste.
Aguados cielos (ya otro dijo puros),
Atended á mis lóbregos conjuros:
Montes...

Dem. Clarín, ¿Qué es eso?

Clarin ¡Oh sabio maestro!
Por la concomitancia estoy tan diestro

En la magia, que quiero ver por ella
Si Livia, tan ingrata como bella,
Comete alguna vez superchería
En la fatal estancia de mi día.
Dem. Deja aquesas locuras,
Y en lo intrincado desas peñas duras
Asiste á tu señor, para que veas
(Si tanta admiración lograr deseas)
El fin de su cuidado;
Que solo quiero estar.
Clarin Yo acompañado.
Y si no he merecido
Haber las ciencias tuyas aprendido,
Porque, en fin, no te he hecho
Cédula con la sangre de mi pecho,
En este lienzo ahora
(*Saca un lienzo sucio.*)
(Nunca le trae más limpio quien bien
(llora)
La haré, para que más te escandalices,
Dándome un mojicón en las narices;
Que no será embarazo
Salir de las narices ú del brazo.
(*Escribe en el lienzo con el dedo, habiéndose hecho sangre.*)
Digo yo, el gran Clarín, que si merez-
(co
Ver á Livia cruel, que al diablo ofrez-
(co...

Dem. Ya digo que me dejes,
Y que con tu señor de mí te alejes.
Clarín Yo lo haré: no te alteres.
Pues que tomar mi cédula no quieres
Cuando darla procuro,
Sin duda que me tienes por seguro.

(Vase.)

ESCENA IV

EL DEMONIO

Ea, infernal abismo,
Desesperado imperio de tí mismo,
De tu prisión ingrata
Tus lascivos espíritus desata,
Amenazando ruína
Al virgen edificio de Justina.
De mil torpes fantasmas que en el (viento
Su casto pensamiento
Hoy se forme, su honesta fantasía
Se llene; y con dulcísima armonía
Todo provoque amores,
Los pájaros, las plantas y las flores.
Nada miren sus ojos,
Que no sean de amor dulces despojos;
Nada oigan sus oidos,
Que no sean de amor tiernos gemidos;
Porque sin que defensa en su fe tenga,

Hoy á buscar á Cipriano venga,
De su ciencia invocada,
Y de mi ciego espíritu guiada.
Empezad, que yo en tanto
Callaré, porque empiece vuestro can-
(*Vase.*) (to.

ESCENA V

JUSTINA; música (dentro)

(*Cantan dentro.*)

Una voz ¿Cual es la gloria mayor
Desta vida?
Coro de varias voces Amor, Amor.
Una voz No hay sujeto en que no imprima
El fuego de amor su llama,
Pues vive más donde ama
El hombre, que donde anima.
Amor solamente estima
Cuanto tener vida sabe,
El tronco, la flor y el ave:
Luego es la gloria mayor
De esta vida...
Coro Amor, Amor.
Justina (*Asombrada é inquieta.*) Pesada imagi-
Al parecer lisonjera, (nación.
¿Cuándo te he dado ocasión

Para que desta manera
Aflijas mi corazón?
¿Cuál es la causa, en rigor,
Deste fuego, deste ardor,
Que en mí por instantes crece?
¿Qué dolor el que padece
Mi sentido?

Coro (*Dentro*). Amor, amor.

Justina (*Sosegándose*). Aquel ruiseñor amante
Es quien respuesta me da,
Enamorando constante
A su consorte, que está
Un ramo más adelante.
Calla, ruiseñor; no aquí
Imaginar me hagas ya,
Por las quejas que te oí,
Cómo un hombre sentirá,
Si siente un pájaro así.
Mas no, una vid fue lasciva,
Que buscando fugitiva
Va el tronco donde se enlace,
Siendo el verdor con que abrace,
El peso con que derriba.
No así con verdes abrazos
Me hagas pensar en quien amas,
Vid, que dudaré en tus lazos,
Si así abrazan unas ramas,
Cómo enraman unos brazos.
Y si no es la vid será
Aquel girasol, que está
Viendo cara á cara al sol,

Tras cuyo hermoso arrebol
Siempre moviéndose va.
No sigas, no, tus enojos,
Flor, con marchitos despojos;
Que pensarán mis congojas,
Si así lloran unas hojas,
Cómo lloran unos ojos,
Cesa, amante ruiseñor,
Desúnete, vid frondosa,
Párate, inconstante flor,
O decid; ¿qué venenosa
Fuerza usais?

Coro (*Dentro*). Amor, amor.

Justina ¡Amor! ¿A quién he tenido
Yo jamás? Objeto es vano;
Pues siempre despojo han sido
De mi desdén y mi olvido
Lelio, Floro y Cipriano.
¿A Lelio no desprecié?
¿A Floro no aborrecí?
Y á Cipriano ¿no traté

(Parase al nombrar á Cipriano y desde allí habla inquieta otra vez).

Con tal rigor, que de mí
Aborrecido, se fue
Donde dél no se ha sabido?
Mas (¡ay de mí!) ya yo creo
Que esta debe de haber sido
La ocasión con que ha podido
Atreverse mi deseo;

Pues desde que pronuncié
Que vive ausente por mí,
No sé (¡ay infeliz!), no sé
Qué pena es la que sentí.

(*Sosiégase otra vez*).

Mas piedad sin duda fue
De ver que por mí olvidado
Viva un hombre, que se vió
De todos tan celebrado;
Y que á sus olvidos yo
Tanta ocasión haya dado.

(*Vuelve á inquietarse*).

Pero si fuera piedad,
La misma piedad tuviera
De Lelio y Floro, en verdad;
Pues en una prisión fiera
Por mí están sin libertad.

(*Sosiégase*).

Mas ¡ay discursos! parad:
Si basta ser piedad sola,
No acompañéis la piedad,
Que os alargais de manera
Que no sé (¡ay de mí!) no sé
Si ahora á buscarle fuera,
Si á donde él está supiera.

ESCENA VI

EL DEMONIO.—JUSTINA

Dem. Ven, que yo te lo diré.
Justina ¿Quién eres tú, que has entrado
Hasta este retrete mío,
Estando todo cerrado?
¿Eres mónstruo que ha formado
Mi confuso desvarío?
Dem. No soy, sino quien movido
Dese afecto que tirano
Te ha postrado y te ha vencido,
Hoy llevarte ha prometido
Adónde está Cipriano.
Justina Pues no lograrás tu intento;
Que esta pena, esta pasión
Que afligió mi pensamiento,
Llevó la imaginación,
Pero no el consentimiento.
Dem. En haberlo imaginado,
Hecho tienes la mitad:
Pues ya el pecado es pecado,
No pares la voluntad,
El medio camino andado.
Justina Desconfiarme es en vano,
Aunque pensé; que aunque es llano
Que el pensar es empezar,
No está en mi mano el pensar,

Y está el obrar en mi mano.
Para haberte de seguir
El pie tengo de mover,
Y esto puedo resistir,
Porque una cosa es hacer
Y otra cosa es discurrir.

Dem. Si una ciencia peregrina
En tí su poder esfuerza,
¿Cómo has de vencer, Justina,
Si inclina con tanta fuerza,
Que fuerza al paso que inclina?

Justina Sabiéndome yo ayudar
Del libre albedrío mío.

Dem. Forzarále mi pesar.

Justina No fuera libre albedrío
Si se dejara forzar.

Dem. Ven donde un gusto te espera.

(*Tira de ella y no puede moverla*).

Justina Es muy costoso ese gusto.

Dem. Es una paz lisonjera.

Justina Es un cautiverio injusto.

Dem. Es dicha.

Justina Es desdicha fiera.

Dem. ¿Cómo te has de defender,

(*Tira con más fuerza*).

Si te arrastra mi poder?

Justina Mi defensa en Dios consiste.

Dem. Venciste, mujer, venciste (*Suéltala*).
Con no dejarte vencer.

Mas ya que desta manera
De Dios estás defendida,
Mi pena, mi rabia fiera,
Sabrá llevarte fingida,
Pues no puede verdadera.
Un espíritu verás
Para este efecto no más,
Que de tu forma se informa,
Y en la fantástica forma
Disfamada vivirás.
Lograr dos triunfos espero,
De tu virtud ofendido:
Deshonrarte es el primero,
Y hacer de un gusto fingido
Un delito verdadero. (*Vase*).

ESCENA VII

JUSTINA

Desa ofensa al cielo apelo,
Porque desvanezca el cielo
La apariencia de mi fama,
Bien como al aire la llama,
Bien como la flor al hielo.
No podrás... Mas ¡ay de mí!
¿A quién estas voces doy?
¿No estaba ahora un hombre aquí?
Sí. Mas no: yo sola estoy

No. Mas sí, pues yo le ví.
¿Por dónde se fue tan presto?
¿Si le engendró mi temor?
Mi peligro es manifiesto.—
¡Lisandro, padre, señor! (*A voces*).
¡Livia!

ESCENA VIII

LISANDRO y LIVIA, cada uno por su puerta. JUSTINA

Lisand. ¿Qué es ésto?
Livia ¿Qué es ésto?
Justina ¿Vísteis un hombre (¡ay de mí!)
Que ahora salió de aquí?
Mal mis desdichas resisto.
Lisand. ¡Hombre aquí!
Justina ¿No le habeis visto?
Livia No, señora.
Justina Pues yo sí.
Lisand. ¿Cómo puede ser si ha estado
Todo este cuarto cerrado?
Livia (*Ap.*) Sin duda que á Moscón vió
Que tengo encerrado yo
En mi aposento.
Lisand. Formado
Cuerpo de tu fantasía
El hombre debió de ser;

Que tu gran melancolía
Le supo formar y hacer
De los átomos del día.

Livia Mi señor tiene razón.

Justina No ha sido (¡ay de mí!) ilusión
Y mayor daño sospecho,
Porque á pedazos del pecho
Me arrancan el corazón.
Algún hechizo mortal
Se está haciendo contra mí,
Y fuera el conjuro tal,
Que á no haber Dios, desde aquí
Me dejara ir tras mi mal.
Mas El me ha de defender,
Y no sólo del poder
Desta tirana violencia;
Pero mi humilde inocencia
No ha de dejar padecer.—
Livia, el manto, porque en tanto

(*Vase Livia*).

Que padezco estos extremos,
Tengo de ir al templo santo,
Que tan secreto tenemos
Los fieles.

(*Sale Livia con el manto, y pónesele á Justina.*)

Livia Aquí está el manto.

Justina En él tengo de templar
Este fuego que me abrasa.

Lisand. Yo te quiero acompañar.
Livia (*Ap.*) Y yo volveré á alentar
En echándolos de casa.
Justina Pues voy á ampararme así,
Cielos, de vuestro favor,
Confío...
Lisand. Vamos de aquí.
Justina Vuestra es la causa, Señor,
Volved por vos y por mí.
(*Vanse Justina y Lisandro*).

ESCENA IX

MOSCÓN.—LIVIA

Moscón ¿Fuéronse ya?
Livia Ya se fueron.
Moscón ¡Con qué susto me tuvieron!
Livia ¿Es posible que salieras
Del aposento, y vinieras
Donde sus ojos te vieron?
Moscón ¡Vive Dios, que no he salido
Un instante, Livia mía,
De donde estuve escondido!
Livia Pues ¿quién el hombre sería?
Moscón El mismo diablo habrá sido.
¿Qué se yo? No muestres ya
Por eso, mi bien, enfado.
Livia No es por eso. (*Suspira*).

Moscón ¿Qué será?
Livia ¿Qué pregunta, si ha que está
Un día entero encerrado
Conmigo? ¿No echa de ver (*Llora*).
Que habrá también menester
El otro, su confidente,
Que llore hoy tenerle ausente,
Pues no lloré en todo ayer?
¿Hase de pensar de tí
Que mujer tan fácil fuí,
Que en medio año de ausencia
Falté á la correspondencia
Que al ser quien soy ofrecí?
Moscón ¿Qué es medio año? Un año entero
Ha ya que pudo faltar.
Livia Es engaño, pues infiero
Que yo no debo contar
Los días que no le quiero.
Y si de un año (¡ay de mí!) (*Llora*).
Te dí la mitad á tí,
Fuera injuria muy cruel
Contárselo todo á él.
Moscón Cuando yo, ingrata, creí
Que fuera tu voluntad
Toda mía, ¡con piedad
Haces cuentas!...
Livia Sí, Moscón,
Porque en fin, cuenta y razón
Conservan toda amistad.
Moscón Pues que tu constancia es tal,
Adiós, Livia, hasta mañana.

Sólo te ruega mi mal
Que pues eres su terciana
No seas su sincopal.

Livia Ya tú ves que no hay en mí
Malicia alguna.

Moscón Es así.

Livia En todo hoy no me has de ver;
Más no sea menester
Enviar mañana por tí. (*Vanse*).

Bosque

ESCENA X

CIPRIANO, como asombrado; CLARÍN, acechando, tras él.

Cip. Sin duda se han rebelado
En los imperios cerúleos
Las tropas de las estrellas,
Pues me niegan sus influjos.
Comunidades ha hecho
Todo el abismo profundo,
Pues la obediencia no rinde
Que me debe por tributo.
Una y mil veces el viento
Estremezco á mis conjuros,
Y una y mil veces la tierra
Con mis caractéres sulco,

Sin que me ofrezca á mis ojos
El humano sol que busco,
El cielo humano que espero
En mis brazos.

Clarín Eso ¿es mucho?
Pues una y mil veces yo
Hago en la tierra dibujos,
Una y mil veces el viento
A puras voces aturdo,
Y tampoco viene Livia.

Cip. Esta vez sola presumo
Volver á invocarla.—Escucha
Bella Justina...

ESCENA XI

Aparece una FIGURA fantástica de Justina.—CIPRIANO, CLARÍN.

Figura Ya escucho;
Que forzada de tus voces,
Aquestos montes discurro,
¿Qué me quieres? ¿Qué me quieres,
Cipriano?

Cip. ¡Estoy confuso!

Figura Y pues que ya...

Cip. ¡Estoy absorto!

Figura He venido...

Cip. ¿Qué me turbo?

Figura De la suerte...
Cip. ¿Qué me espanto?
Figura Que me halló el amor...
Cip. ¿Qué dudo?
Figura Donde me llamas...
Cip. ¿Qué temo?
Figura Y así con la fuerza cumplo
Del encanto, á lo intrincado
Del monte tu vista huyo.
(*Cúbrese el rostro con el manto, y vase*).
Cip. Espera, aguarda, Justina.
Mas ¿qué me asombro y discurro?
Seguiréla, y este monte,
Donde mi ciencia la trujo,
Teatro será frondoso
Ya que no tálamo rudo,
Del más prodigioso amor
Que ha visto el cielo. (*Vase*).

ESCENA XII

CLARIN

Abernuncio
De mujer que viene á ser
Novia, y viene oliendo á humo.
Pero debió de cogerla
Del encanto lo absoluto
Soplando alguna colada,
O cociendo algún menudo.

Mas no: ¡en cocina y con manto!
De otra suerte la disculpo.
Sin duda debe de ser
(Ahora he dado en el punto;
Que una honrada nunca huele
Mejor), cogida de susto.
Ya la ha alcanzado, y con ella,
De aqueste valle en lo inculto
Luchando á brazos enteros
(Que á brazos partidos, juzgo
Que hiciera mal en luchar
El amante más forzudo),
A este mismo sitio vuelven.
Desde aquí acechar procuro;
Que deseo saber cómo
Se hace una fuerza en el mundo.

ESCENA XIII

CIPRIANO, trayendo abrazada á la FIGURA fantástica de Justina.

Cip. Ya, bellísima Justina,
En este sitio, que oculto,
Ni el sol le penetra á rayos,
Ni á soplos el aire puro,
Ya es trofeo tu belleza
De mis mágicos estudios;
Que por conseguirte, nada
Temo, nada dificulto.

El alma, Justina bella,
Me cuestas; pero ya juzgo,
Siendo tan grande el empleo,
Que no ha sido el precio mucho.
Corre á la deidad el velo:
No entre pardos, ni entre oscuros
Celajes se esconda el sol;
Sus rayos ostente rubios.

(*Descúbrela, y ve un esqueleto.*)

Mas ¡ay infeliz! ¿qué veo?
¡Un yerto cadáver mudo
Entre sus brazos me espera!
¿Quién en un instante pudo
En facciones desmayadas
De lo pálido y caduco,
Desvanecer los primores
De lo rojo y lo purpúreo?

El Esq. Así Cipriano, son
Todas las glorias del mundo.

(*Desaparece: sale Clarin huyendo, y se abraza con él Cipriano.*)

ESCENA XIV

CLARIN.—CIPRIANO

Clarín Si alguien ha menester miedo,
Yo tengo un poco y un mucho.

Cip. Espera, fúnebre sombra.
Ya con otro fin te busco.

Clarín Pues yo soy fúnebre cuerpo.
¿No echas de verlo en el bulto?
Cip. ¿Quién eres?
Clarín Yo estoy de suerte,
Que aun quién soy creo que dudo.
Cip. ¿Viste en lo raro del viento,
O del centro en lo profundo,
Yerto un cadáver, dejando
En señas de polvo y humo
Desvanecida la pompa
Qué llena de adornos trujo?
Clarín ¿Ahora sabes que estoy
Sujeto á los infortunios
De acechador?
Cip. ¿Qué se hizo?
Clarín Deshízose luego al punto.
Cip. Busquémosle.
Clarín No busquemos.
Cip. Sus desengaños procuro.
Clarín Yo no, señor.

ESCENA XV

EL DEMONIO.—CIPRIANO, CLARIN

Dem. *(Ap.)* ¡Justos cielos!
Si juntas un tiempo tuvo
Mi sér la ciencia y la gracia
Cuando fuí espíritu puro
La gracia sola perdí,

La ciencia no. ¿Cómo injustos,
Si esto es así, de mis ciencias
Aun no me dejais el uso?

Cip. ¡Lucero, sabio maestro! (*Sin verle.*)

Clarín No le llames; que presumo
Que venga en otro cadáver.

Dem. ¿Que me quieres?

Cip. Que del mucho
Horror que padezco absorto,
Rescates hoy mi discurso.

Clarín Yo, que no quiero rescates,
Por este lado me escurro. (*Vase.*)

ESCENA XVI

CIPRIANO, EL DEMONIO

Cip. Apenas sobre la tierra
Herida, acentos pronuncio,
Cuando en la acción que allá estaba
Justina, divino asunto
De mi amor y mi deseo...
Pero ¿para qué procuro
Contarte lo que ya sabes?
Vino, abracéla, y al punto
Que la descubro (¡ay de mí!),
En su belleza descubro
Un esqueleto, una estatua,
Una imágen, un trasunto
De la muerte, que en distintas

Voces me dijo (¡oh qué susto!):
«Así, Cipriano, son
Todas las glorias del mundo.»
Decir que en la magia tuya,
Por mí ejecutada, estuvo
El engaño, no es posible;
Porque yo, punto por punto
La obré, sin que errar pudiese
De sus caracteres mudos
Una línea, ni una voz
De sus mortales conjuros.
Luego tú me has engañado
Cuando yo los ejecuto,
Pues solo fantasmas hallo
Adonde hermosuras busco.

Dem. Cipriano, ni hubo en tí
Defecto, ni en mí le hubo:
En tí, supuesto que obraste
El encanto con agudo
Ingenio; en mí, pues el mío
Te enseñó en él cuanto supo.
El asombro que has tocado,
Más superior causa tuvo.
Mas no importará; que yo
Que tu descanso procuro,
Te haré dueño de Justina
Por otros medios más justos.

Cip. No es ese mi intento ya,
Que de tal suerte confuso
Este espanto me ha dejado,
Que no quiere medios tuyos.

Y así, pues que no has cumplido
Las condiciones que puso
Mi amor, solo de tí quiero,
Ya que de tu vista huyo,
Que mi cédula me vuelvas,
Pues es el contrato nulo.

Dem. Yo te dije que te había
De enseñar en este estudio
Ciencias que atraer pudiesen,
De tus voces al impulso,
A Justina; y pues el viento
Aquí á Justina te trujo,
Válido ha sido el contrato,
Y yo mi palabra cumplo.

Cip. Tú me ofrecistes que había
De coger mi amor el fruto
Que sembraba mi esperanza
Por estos montes incultos.

Dem. Yo me obligué, Cipriano,
Solo á traerla.

Cip. Eso dudo;
Que á dármela te obligaste,

Dem. Ya la ví en los brazos tuyos.

Cip. Fue una sombra.

Dem. Fue un prodigio.

Cip. ¿De quién?

Dem. De quien se dispuso
A ampararla.

Cip. ¿Y cuyo fue?

Dem. (*Temblando.*) No quiero decirte cuyo.

Cip. Valdréme yo de mis ciencias

Contra tí. Yo te conjuro
Que quién ha sido me digas.
Dem. Un Dios, que á su cargo tuvo
A Justina.
Cip. Pues ¿qué importa
Solo un Dios, puesto que hay muchos?
Dem. Tiene este el poder de todos.
Cip. Luego solamente es uno
Pues con una voluntad
Obra más que todos juntos.
Dem. No sé nada, no sé nada.
Cip. Ya todo el pacto renuncio,
Que hice contigo; y en nombre
De aquese Dios te pregunto:
¿Qué le ha obligado á ampararla?
Dem. (*Después de hacer fuerza por no decirlo.*) Guardar su honor limpio y puro.
Cip. Luego ese es suma bondad,
Pues que no permite insulto.
Mas ¿qué perdiera Justina,
Si aquí se quedaba oculto?
Dem. Su honor, si lo adivinara
Por sus malicias el vulgo.
Cip. Luego ese Dios todo es vista,
Pues vió los daños futuros.
Pero ¿no pudiera ser
Ser el encanto tan sumo,
Que no pudiera vencerle?
Dem. No, que su poder es mucho.
Cip. Luego ese Dios todo es manos,
Pues que cuanto quiso pudo.

Dime ¿quién es ese Dios,
En quien hoy he hallado junto
Ser una suma bondad,
Ser un poder absoluto,
Todo vista y todo manos,
Que ha tantos años que busco?

Dem. No lo sé.

Cip. Dime quién es.

Dem. ¡Con cuánto horror lo pronuncio!
Es el Dios de los cristianos.

Cip. ¿Qué es lo que moverle pudo
Contra mí?

Dem. Serlo Justina.

Cip. Pues ¿tanto ampara á los suyos?

Dem. (*Rabioso.*) Sí, mas ya es tarde, ya es (tarde
Para hallarle tú, si juzgo
Que siendo tú esclavo mío,
No has de ser vasallo suyo.

Cip. ¡Yo tu esclavo!

Dem. En mi poder
Tu firma está.

Cip. Ya presumo
Cobrarla de tí, pues fue
Condicional, y no dudo
Quitártela.

Dem. ¿De qué suerte?

Cip. Desta suerte.

(*Saca la espada, tírale al Demonio, y no le encuentra.*)

Dem. Aunque desnudo

El acero contra mí
Esgrimas fiero y sañudo,
No me herirás; y porque
Desesperen tus discursos,
Quiero que sepas que ha sido
El Demonio el dueño tuyo.

Cip. ¡Qué dices!

Dem. Que yo lo soy.

Cip. ¡Con cuánto asombro te escucho!

Dem. Para que veas, no solo
Que esclavo eres, pero cuyo.

Cip. ¡Esclavo yo del demonio!
¿Yo de un dueño tan injusto?

Dem. Sí, que el alma me ofreciste,
Y es mía desde aquel punto.

Cip. ¿Luego no tengo esperanza,
Favor, amparo ó recursos,
Que tanto delito pueda
Borrar?

Dem. No.

Cip. Pues ya ¿qué dudo?
No ociosamente en mi mano
Esté aqueste acero agudo;
Pasándome el pecho, sea
Mi voluntario verdugo.
Mas ¿qué digo? Quien de tí
Librar á Justina pudo,
¿A mí no podrá librarme?

Dem. No, que es contra tí tu insulto.
El no ampara los delitos.
Las virtudes sí.

Cip. Si es sumo
Su poder, el perdonar
Y el premiar será en El uno.
Dem. También lo será el premiar
Y el castigar, pues es justo.
Cip. Nadie castiga al rendido:
Yo lo estoy, pues lo procuro.
Dem. Eres mi esclavo, y no puedes
Ser de otro dueño.
Cip. Eso dudo.
Dem. ¿Cómo, estando en mi poder
La firma que con dibujos
De tu sangre, escrita tengo?
Cip. El que es poder absoluto,
Y no depende de otro,
Vencerá mis infortunios.
Dem. ¿De qué suerte?
Cip. Todo es vista,
Y verá el medio oportuno.
Dem. Yo la tengo.
Cip. Todo es manos:
El sabrá romper los nudos.
Dem. Dejaréte yo primero
Entre mis brazos difunto.
(*Luchan los dos.*)
Cip. ¡Grande Dios de los cristianos!
A tí en mis ansias acudo.
Dem. (*Arrojando de entre sus brazos á Cipriano.*) Ese te ha dado la vida.
Cip. Mas me ha de dar, pues le busco.
(*Vanse.*)

Sala en el palacio del Gobernador

ESCENA XVII

EL GOBERNADOR, FABIO, soldados

Gob. ¿Cómo ha sido la prisión?
Fabio Todos en su iglesia estaban
Escondidos, donde daban
A su Dios adoración.
Llegué con armadas gentes,
Toda la casa cerqué,
Prendílos, y los llevé
A cárceles diferentes;
Y el suceso, en fin, concluyo
Con decir que en esta ruina
Prendí á la hermosa Justina
Y á Lisandro, padre suyo.
Gob. Pues si riquezas codicias,
Puestos, honores y mas,
¿Cómo esas nuevas me das,
Fabio, sin pedirme albricias?
Fabio Si así estimas mis sucesos,
Las que me has de dar no ignoro.
Gob. Dí.
Fabio La libertad de Floro
Y Lelio, que tienes presos.
Gob. Aunque yo con su castigo

Parece que escarmentar
Quise todo este lugar,
Si la verdad, Fabio, digo,
Otra es la causa por qué
Presos han vivido un año:
Y es que así de Lelio el daño
Como padre aseguré.
Floro, su competidor,
Tiene deudos poderosos;
Y estando los dos celosos
Y empeñados en su amor,
Temí que habían de volver
Otra vez á la cuestión;
Y hasta quitar la ocasión,
No me quise resolver.
Con este intento buscaba
Algún color con que echar
A Justina del lugar;
Pero nunca le encontraba.
Y pues su virtud fingida,
No solo ocasión me da
Hoy de desterrarla ya,
Mas de quitarla la vida,
No estén más presos; y así,
A sus prisiones irás,
Y con brevedad traerás
A Lelio y á Floro aquí.

Fabio Beso mil veces tus piés
Por merced tan peregrina. (*Vase*).

ESCENA XVIII

EL GOBERNADOR, soldados

Gob. Ya está en mi poder Justina,
Presa y convencida: pues
¿Qué espera mi rabia fiera,
Que ya en ella no ha vengado
Los enojos que me ha dado?
A sangrientas manos muera
De un verdugo.—Vos, mirad...
(*A un soldado.*)
Que aquí la traigais os mando
Hoy á la vergüenza, dando
Escándalo en la ciudad;
Porque si en palacio está,
Nada á darla vida baste.
(*Vase el soldado con otros.*)

ESCENA XIX

FABIO, LELIO, FLORO.—Dichos.

Fabio Los dos por quien enviaste,
Están á tus plantas ya.
Lelio Yo que al fin solo deseo
Parecer tu hijo esta vez,
No te miro como juez,

Con los temores de reo;
Sino como padre airado,
Con los temores de hijo
Obediente.

Floro Y yo colijo,
Viéndome de tí llamado,
Que es para darme, señor,
Castigos que no merezco.
Pero á tus plantas me ofrezco.

Gob. Lelio, Floro, mi rigor
Justo con los dos ha sido,
Porque si no os castigara,
Padre, no juez me mostrara.
Pero teniendo entendido
Que en los nobles no duró
Nunca el enojo, y que ya
Quitada la causa está,
Intento piadoso yo
Haceros amigos luego.
En muestras de la amistad,
Aquí los brazos os dad.

Lelio Yo el venturoso á ser llego
En ser hoy de Floro amigo.

Floro Y yo de que lo seré
Doy mano y palabra.

Gob. En fe
Deso, á libraros me obligo,
Que si el desengaño toco
Que de vuestro amor teneis,
No dudo que lo sereis.

ESCENA XX

EL DEMONIO, Gente.—Dichos

Dem. (*Dentro.*) ¡Guarda el loco, guarda el lo-
Gob. ¿Qué es esto? (co!
Lelio Yo lo iré á ver.
(*Llega á la puerta, y vuelve luego.*)
Gob. En palacio tanto ruido,
¿De qué puede haber nacido?
Floro Gran causa debe de ser.
Lelio Aqueste ruido, señor
(Escucha un raro suceso),
Es Cipriano, que al cabo
De tantos días ha vuelto
Loco y sin juicio á Antioquía.
Floro Sin duda que de su ingenio
La sutileza le tiene
En aqueste estado puesto.
Gente (*Dentro.*) ¡Guarda el loco, guarda el lo-
(co

ESCENA XXI

CIPRIANO, medio desnudo. Gente.—Dichos

Cip. Nunca yo he estado más cuerdo:
Que vosotros sois los locos.
Gob. Cipriano, ¿pues qué es esto?
Cip. Gobernador de Antioquía,

Virrey del gran césar Decio,
Floro y Lelio, de quien fuí
Amigo tan verdadero,
Nobleza ilustre, gran plebe,
Estadme todos atentos;
Que por hablaros á todos
Juntos, á palacio vengo.
Yo soy Cipriano, yo
Por mi estudio y por mi ingenio
Fuí asombro de las escuelas,
Fuí de las ciencias portento.
Lo que de todas saqué,
Fue una duda, no saliendo
Jamás de una duda sola
Confuso en mi entendimiento.
Ví á Justina, y en Justina
Ocupados mis afectos,
Dejé á la docta Minerva
Por la enamorada Venus.
De su virtud despedido,
Mantuve mis sentimientos,
Hasta que mi amor, pasando
De un extremo en otro extremo,
A un huésped mío, que el mar
Le dió mis plantas por puerto,
Por Justina ofrecí el alma
Porque me cautivó á un tiempo
El amor con esperanzas
Y con ciencias el ingenio.
Deste, discípulo he sido,
Estas montañas viviendo,

A cuya docta fatiga
Tanta admiración le debo,
Que puedo mudar los montes
Desde un asiento á otro asiento;
Y aunque puedo estos prodigios
Hoy ejecutar, no puedo
Atraer una hermosura
A la voz de mi deseo.
La causa de no poder
Rendir este monstruo bello,
Es que hay un Dios que la guarda,
En cuyo conocimiento
He venido á confesarle
Por el más sumo é inmenso.
El gran Dios de los cristianos
Es el que á voces confieso;
Que aunque es verdad que yo ahora
Esclavo soy del infierno,
Y que con mi sangre misma
Hecha una cédula tengo,
Con mi sangre he de borrarla
En el martirio que espero.
Si eres juez, si á los cristianos
Persigues duro y sangriento,
Yo lo soy; que un venerable
Anciano, en el monte mesmo
El carácter me imprimió
Que es su primer sacramento.
Ea, pues, ¿qué aguardas? Venga
El verdugo, y de mi cuello
La cabeza me divida,

O con extraños tormentos
Acrisola mi constancia;
Que yo rendido y resuelte
A padecer dos mil muertes
Estoy, porque á saber llego
Que sin el gran Dios que busco,
Que adoro y que reverencio,
Las humanas glorias son
Polvo, humo, ceniza y viento.

(*Cae boca abajo en el suelo como desmayado*).

Gob. Tan absorto, Cipriano,
Me deja tu atrevimiento,
Que imaginando castigos
A ninguno me resuelvo. (*Pisándole*).
Levántate.

Floro Desmayado,
Es una estátua de hielo.

ESCENA XXII

Soldados, JUSTINA.—Dichos

Un sold. Aquí está, señor, Justina.

Gob. (*Ap.* Verle la cara no quiero).
Con este vivo cadáver
Todos sola la dejemos;
(*Ap. á los presentes*).
Porque cerrados los dos,

Quizá mudarán de intento,
Viéndose morir el uno
Al otro; ó sañudo y fiero,
Si no adoraren mis dioses,
Morirán con mil tormentos.

Lelio (*Ap.*) Entre el amor y el espanto
Confuso voy y suspenso.

Floro (*Ap.*) Tanto tengo que sentir
Que no sé qué es lo que siento.

(*Vanse todos menos Justina*).

ESCENA XXIII

JUSTINA; CIPRIANO, sin sentido, en el suelo

Justina ¿Todos os vais sin hablarme?
Cuando yo contenta vengo
A morir, ¡aun no me dais
Muerte, porque la deseo!
(*Repara en Cipriano*).
Mas sin duda es mi castigo,
Cerrada en este aposento,
Darme muerte dilatada,
Acompañada de un muerto,
Pues sólo un cadaver me hace
Compañía. ¡Oh tú, que al centro
De donde saliste, vuelves!
¡Dichoso tú, si te ha puesto
En este estado la fe
Que adoro!

Cip. (*Recobrándose*). Mónstruo soberbio,
¿Qué aguardas, que no desatas
Mi vida en...?
(*Ve á Justina y levántase*).
¡Válgame el cielo!
(*Ap.* ¿No es Justina la que miro?)
Justina (*Ap.*) ¿No es Cipriano el que veo?
Cip. (*Ap.*) Mas no es ella, que en el aire
La finge mi pensamiento.
Justina (*Ap.*) Mas no es él: por divertirme
Fantasmas me finge el viento.
Cip. Sombra de mi fantasía...
Justina Ilusión de mi deseo...
Cip. Asombro de mis sentidos...
Justina Horror de mis pensamientos...
Cip. ¿Qué me quieres?
Justina ¿Qué me quieres?
Cip. Ya no te llamo. ¿A qué efecto
Vienes?
Justina ¿A qué efecto tú
Me buscas? Ya en tí no pienso.
Cip. Yo no te busco, Justina.
Justina Ni yo á tu llamada vengo.
Cip. Pues ¿cómo estás aquí?
Justina Presa.
¿Y tú?
Cip. También estoy preso.
Pero tu virtud, Justina,
Dime ¿qué delito ha hecho?
Justina No es delito, pues ha sido
Por el aborrecimiento

De la fe de Cristo, á quien
Como á mi Dios reverencio.
Cip. Bien se lo debes, Justina;
Que tienes un Dios tan bueno,
Que vela en defensa tuya.
Haz tú que escuche mis ruegos.
Justina Sí hará, si con fe le llamas.
Cip. Con ella le llamo; pero
Aunque dél no desconfío,
Mis extrañas culpas temo.
Justina Confía.
Cip. ¡Ay, qué inmensos son
Mis delitos!
Justina Más inmensos
Son sus favores.
Cip. ¿Habrá
Para mí perdón?
Justina Es cierto.
Cip. ¿Cómo, si el alma he entregado
Al demonio mismo en precio
De tu hermosura?
Justina No tiene
Tantas estrellas el cielo,
Tantas arenas el mar,
Tantas centellas el fuego,
Tantos átomos el día,
Ni tantas plumas el viento,
Como Él perdona pecados.
Cip. Así, Justina, lo creo,
Y por Él daré mil vidas.
Pero la puerta han abierto.

ESCENA XXIV

FABIO, trayendo presos á MOSCON, CLARIN y LIVIA.—CIPRIANO. JUSTINA.

Fabio Entrad, que con vuestros amos
Aquí habeis de quedar presos.
(*Vase.*)
Livia Si ellos quieren ser cristianos,
¿Acá qué culpa tenemos?
Moscón Mucha; que los que servimos,
Harto gran delito hacemos.
Clarín Huyendo del monte, vine
De un riesgo á dar á otro riesgo.

ESCENA XXV

Un criado.—Dichos

Criado A Justina y á Cipriano
El gobernador Aurelio
Llama.
Justina ¡Feliz yo mil veces,
Si es para el fin que deseo!—
No te acobardes, Cipriano.
Cip. Fe, valor y ánimo tengo;
Que si de mi esclavitud
La vida ha de ser el precio,

Quien el alma dió por tí,
¿Qué hará en dar por Dios el cuerpo?

Justina Que en la muerte te querría
Dije; y pues á morir llégo
Contigo, Cipriano, ya
Cumplí mis ofrecimientos.

(*Vanse Justina, Cipriano y el criado.*)

ESCENA XXVI

MOSCÓN, LIVIA, CLARIN

Moscón ¡Qué contentos á morir
Van!

Livia Mucho más contentos
Los tres á vivir quedamos

Clarín No mucho; que falta un pleito
Que averiguar: y aunque aquesta
No es ocasión, por si luego
No hay lugar, no será justo
Que echemos á mal el tiempo.

Moscón ¿Qué pleito es ese?

Clarín Yo he estado
Ausente...

Livia Dí.

Clarín Un año entero,
Y un año Moscón ha sido
Sin mi intermisión tu dueño;
Y á rata por cantidad,

Para que iguales estemos,
Otro año has de ser mía.

Livia ¿Pues de mí presumes eso,
Que había de hacerte ofensa?
Los días lloraba enteros
Que me tocaba llorar.

Moscón Y yo soy testigo dello;
Que el día que no era mío,
Guardé á tu amistad respeto.

Clarín Eso es falso, porque hoy
No lloraba cuando dentro
De su casa entré, y con ella
Estabas tú muy de asiento.

Livia No era hoy día de plegaria.

Clarín Si era, que si bien me acuerdo,
El día que me ausenté,
Era mío.

Livia Ese fue yerro.

Moscón Ya sé en lo que el yerro ha estado.
Este fue año de bisiesto
Y fueron pares los días.

Clarín Yo me doy por satisfecho,
Porque no lo ha de apurar
Todo el hombre.—Mas ¿qué es ésto?

(*Suena gran ruido de tempestad*).

ESCENA XXVII

EL GOBERNADOR, Gente; luego FABIO, LELIO y FLORO, todos alborotados; después EL DEMONIO.

Livia La casa se viene abajo.
Moscón ¡Qué confusión! ¡qué portento!
Gob. Sin duda se ha desplomado
La máquina de los cielos.

(*Suena la tempestad y salen Fabio, Lelio y Floro*).

Fabio Apenas en el cadalso
Cortó el verdugo los cuellos
De Cipriano y de Justina,
Cuando hizo sentimiento
Toda la tierra.
Lelio Una nube,
De cuyo abrasado seno
Abortos horribles son
Los relámpagos y truenos
Sobre nosotros cae.
Floro Della
Un disforme monstruo horrendo,
En las escamadas conchas
De una sierpe sale, y puesto

Sobre el cadalso, parece
Que nos llama á su silencio.

(*Descúbrese el cadalso con las cabezas y cuerpos de Justina y Cipriano, y el Demonio en lo alto sobre una sierpe*).

Dem. Oíd, mortales, óíd
Lo que me mandan los cielos
Que en defensa de Justina
Haga á todos manifiesto.
Yo fuí quien por disfamar
Su virtud, formas fingiendo,
Su casa escalé, y entré
Hasta su mismo aposento;
Y porque nunca padezca
Su honesta fama desprecios,
A restituir su honor
De aquesta manera vengo.
Cipriano, que con ella
Yace en feliz monumento,
Fue mi esclavo, mas borrando
Con la sangre de su cuello
La cédula que me hizo,
Ha dejado en blanco el lienzo;
Y los dos, á mi pesar,
A las esferas subiendo
Del sacro solio de Dios,
Viven en mejor imperio.
Esta es la verdad; y yo
La digo, porque Dios mesmo

Me fuerza á que yo la diga,
Tan poco enseñado á hacerlo.

(*Cae velozmente y húndese*).

Lelio ¡Qué asombro!
Floro ¡Qué confusión!
Livia ¡Qué prodigio!
Todos ¡Qué portento!
Gob. Todos estos son encantos
Que aqueste mágico ha hecho
En su muerte.
Floro Yo no sé
Si los dudo ó si los creo.
Lelio A mí me admira el pensarlos.
Clarín Yo solamente resuelvo
Que si él es mágico, ha sido
El mágico de los cielos.
Moscón Pues dejando en pie la duda
Del bien partido amor nuestro,
Al *Mágico prodigioso*
Pedid perdón de los yerros.

Fin de «El Mágico prodigioso».

Obra Social

DE LOS

PREMIOS PERSONALES

Y

FOMENTO DE LECTURAS GRATUITAS

El mercantilismo literario moderno parece inspirado por el espíritu satánico de la Revolución cosmopolita. En España, como en el extranjero, ha suscitado este mercantilismo una confusión de ideas respecto á los principios más esenciales para la salud de los pueblos, merced á la cual medran y se enriquecen empresas editoras que han hecho tabla rasa de la dignidad del escritor, de los sentimientos religiosos del pueblo, de la honestidad, que fué siempre patrimonio de las almas privilegiadas, de la honradez de la masa social, en una palabra, de todo el sentido ético, inspirador de la grande, de la gloriosa literatura española.

Con pretextos de resurgimiento ó renacimiento de nuestra literatura, ven la luz Bibliotecas en las cuales, con promiscuidad escandalosa, se publican libros de autores católicos de la mayor ortodoxia al lado de los más procaces y criminales engendros de una inspiración dementada y pestilente que bajo el nombre de *naturalismo* encubre la más punible inmoralidad con que escritores sin pudor tratan de corromper á la juventud excitando sus

pasiones, envileciéndola é inhabilitandola por tanto para la lucha por los grandes ideales.

¿Qué razón puede explicar esta convivencia, en una misma empresa, de escritores que son lustre y decoro de nuestra moderna literatura con los que la vilipendian, revolcándola en el cieno propio de dorados lupanares?

Contestaremos á esta pregunta en forma ruda, pero clara: En la mayoría de los casos, la necesidad, el hambre.

A tal escritor de grandes arrestos que nace á la vida pública sin amparo, sin que le tienda su mano amiga una sociedad exprofeso fundada por los buenos para enderezar sus primeros pasos en el difícil camino de la producción literaria, le sale al encuentro el editor sin conciencia que unas veces por ignorancia, otras por maldad, pero siempre inspirado en el mercantilismo imperante, le brinda protección económica. He aquí el lazo hábilmente tendido al joven inexperto, el cual, como en tela de araña, formada por el oro deslumbrador, se verá preso por toda su vida, contribuyendo, mal de su grado, al engrandecimiento económico de una empresa, sembradora de infamias, que repugna á sus sentimientos generosos, á sus ideas religiosas, á su dignidad de escritor. He aquí al moderno siervo de las letras que, sin redención posible, ha de colaborar como compañero en un hogar mismo con los que deshonran al arte poniéndole al servicio de las más bajas concupiscencias.

Y no pidamos á estos escritores esclavos el heroismo de romper la cadena que á ciertos editores les ata. Bastante harán, si lo hacen, con no vender su conciencia y seguir escribiendo sin renunciar al ideal, que ya esto supone un heroismo. No perdamos de vista que el bueno necesita también ambiente propio y lo humano es caer en la tentación cuando es hostil el medio en que se vive. ¡Cuántos y cuántos habrán claudicado en esta atmósfera en que no ven ámplios horizontes económicos sino haciendo de su conciencia una vil mercancía!

Como siempre es el mal engendrador de nuevos males, estos esclavos del editor escéptico, producen otros nuevos esclavos, pues contribuyen con sus obras á enriquecer empresas divulgadoras de errores é inmoralida-

des que esclavizan y envilecen las almas y destruyen la salud de los cuerpos.

Pero ¿es que la sociedad presente, sobre todo los católicos, pueden presenciar impávidos este inminente peligro que amenaza dejarnos sin lecturas recreativas honestas, más aún, sin escritores libres, conscientes de su misión altísima, sin hábiles sembradores del bien que combatan á nuestro lado por Dios, por la Patria y por esta misma Sociedad que es empujada por tales derroteros á la catástrofe más espantosa?

¿Es que muchos escritores que de buen grado resistirían á las seducciones de tal Editor que no ve en la obra literaria sino una mercancía y en el autor una inteligencia á explotar, han de quedar irredentos, amarrados al duro banco de la empresa explotadora que los trabajará de contínuo para que abandonen sus santos ideales y den gusto á la depravación humana que pide obras excitadoras del vicio, esas obras que alcanzan el mayor éxito en los mercados?

Este abandono sería criminal y un estigma de ignominia para las personas honradas que lo consintieran.

Los católicos, es más, las personas decentes, tenemos el deber de redimir á estos modernos esclavos y desecar, en cuanto nos sea posible, esas ciénagas pestilentes de la literatura pornográfica y sicalíptica.

¿Cómo ha de hacerse?

Tenemos una base que puede servírnos á maravilla para realizar el milagro.

De monumento levantado á la sana literatura contemporánea, por la generosidad de muchos católicos españoles, califican cuantos saben pensar alto y sentir hondo, la colección de *Biblioteca* PATRIA *de obras premiadas*, la cual cuenta hoy afortunadamente con más de un centenar de obras, que van siendo solicitadas por un público que quiere saborear las lecturas honestas; esas lecturas que—sin las ñoñeces que, aunque respetables por su intención, hacen ineficaz á la producción literaria llamada blanca para combatir las naturalistas y obscenas—procuran mantenerse en aquel medio artístico que presenta el vicio en su repugnante desnudez y la virtud con aquella simpática y atrayente aureola que la hace amable aun á

las inteligencias extraviadas y á los corazones corrompidos. Este medio artístico en que se inspiraron los clásicos, ha hecho triunfar en toda la línea á la *Biblioteca* PATRIA, una de las más preciadas obras del *Patronato Social de Buenas Lecturas*. Porque hay que desengañarse: la procacidad y la desvergüenza están reñidas, cierto, con el arte verdadero; pero no lo están menos la ñoñez insulsa y la pueril vacuidad que una crítica simple y pacata quisiera traer á la moderna novela española, la cual con harta razón sería desdeñada por el público español acostumbrado á saborear el arte excelso de nuestros clásicos y de sus seguidores, cada uno de los cuales, bien que ayunos de ñoñeces, ha sido por lo común un gran moralista.

No ha llegado, sin embargo, esta obra de saneamiento literario al límite de sus aspiraciones. Larga y penosa experiencia ha enseñado á sus fundadores que falta aún mucho camino que andar para el logro de sus santos propósitos.

Arrancar de los hogares esas semillas de depravación con que muchos escritores modernos tratan de prostituir á la juventud, destruyendo á la vez los vínculos de la familia al destruir las costumbres cristianas, no es obra de un día, sino labor de tiempo, labor de libros sanos distribuídos en inmensas ediciones, á ser posible, gratuitas.

No es, por desgracia, en nuestra época de crudo positivismo, suficiente acicate para el artista, siempre generoso, el puro ideal que en otros tiempos le hiciera amar el bien por la belleza y santidad del bien mismo. Hoy, salvo excepciones honrosas, es el éxito económico la musa inspiradora de nuestra juventud literaria. Las sectas anticristianas han herido en la médula hasta ese punto á las sociedades modernas. Preciso es, por consiguiente, subvertir los términos en que el problema parecía estar planteado para nuestros escritores. Necesario es que el éxito esté para ellos en nuestro campo, en el campo de los que aman el bien, de los sustentadores de la verdadera belleza en el arte, en una palabra, en el campo de los católicos. Para ello basta querer. Pero la sociedad presente está atacada de una somnolencia y de una abulia desconsoladoras y los llamados á estas luchas

necesitamos despertarla, fortaleciendo de algún modo la enferma voluntad de unos y de otros.

¿Quién ha de hacerlo? Esta es la misión de los elegidos, de los incontaminados, de las personas de acción social, de aquellos católicos y católicas amantes del bien hasta el sacrificio.

¿Cómo ha de hacerse, repetimos?

Una obra bien conocida ya, la *Obra social de los Premios personales y fomento de lecturas gratuitas*, viene llamando á las puertas de los hombres de buena voluntad y golpeando en ellas con rudo y enérgico toque les grita: Levantad vuestros corazones á la altura de las circunstancias, á la altura que de vosotros demandan las necesidades de la época, para que la sociedad en que vivís se levante también del fango de las concupiscencias en que se ahoga, y en el cual la perversidad de escritores sin pudor quiere que se revuelquen vuestros inocentes hijos. Redimidlos con vuestra generosidad de la atmósfera de cieno pestilente en que se asfixian. Fundad un *Premio personal*, según el Reglamento de esta institución, ya para premiar generosamente las mejores obras inspiradas en la moral cristiana,—orientación única que eleva y dignifica al verdadero arte literario al par que á los pueblos,—ó bien para editar obras de sanos principios en vastas ediciones gratuitas.

Penetraos del santo fin de la *Obra social de los Premios personales;* identificaos con ella y podréis decir ante Dios y ante los hombres con la conciencia tranquila, Lejos de poner mi mano como piqueta demoledora sobre la sociedad cristiana, lejos de cruzarme de brazos: abandonando con punible indiferencia á mis hermanos ante la ola de cieno que avanza, mi entendimiento, mi voluntad y mis recursos económicos los he puesto al servicio de los que esparcen estas buenas semillas que han de restaurar en el bien la literatura contemporánea. Gracias al **Premio que he fundado** y que otros fundarán á mi ejemplo, el escritor que por instinto ama el bien como ideal del arte, aunque por natural egoísmo humano busque el éxito económico, podrá romper la odiosa cadena que le ata á la casa editorial escéptica, se decidirá á orientar sus obras por el camino de las virtudes, hará

correr su pluma por el sendero del bien, inspirará su mente en la moral católica, santo ideal que ha de salvar á las sociedades del abismo abierto ante sus plantas; gracias á mi esfuerzo, el alimento intelectual de mis prójimos, tal vez el de mis propios hijos, divulgado gratuitamente, no envilecerá ni prostituirá sus almas.

A obra tan grande y tan acepta á los ojos de Dios os invita el *Patronato Social de Buenas Lecturas* (1).

Realizadla; y como dice el ilustre autor de *Los daños del libro*, el sabio Prelado tarraconense, apóstol de las buenas lecturas, refiriéndose al nombre del buen protector de la propaganda católica, «lo recordarán, elogiarán y bendecirán, los entendimientos que su lectura ilumine, los corazones que mueva, las almas que fortifique y alimente.»

NOTA.—Todos los católicos que se sientan movidos la fundación de un Premio de su nombre para el fomento de las buenas lecturas, según el espíritu de esta obra, pueden pedir cuantas noticias deseen, al Director de la misma, oficinas del *Patronato Social de Buenas Lecturas*, Fuencarral, 125, entresuelo, Madrid.

(1) A ninguna otra acción social puede aplicarse con mayor exactitud la frase de Balmes: «Ahogar el mal con la abundancia del bien» como á esta que procura la abundancia de los buenos libros gratuitos, alimento sano de los espíritus, alimento que es anterior y de mayor urgencia que el de los cuerpos, pues se refiere á la consecución, no de esta vida efímera, sino de la vida eterna.

Srta. Santina Rovera, (Coruña), un premio temporal de 1.000 pesetas anuales, en honra de sus finados. Para dividir en dos premios de 500 pesetas en caso necesario.

Srta. María del Pilar Rovera, (Coruña), un premio temporal de 1.000 pesetas anuales, en honra de sus finados. Para dividir en dos premios de 500 pesetas en caso necesario.

Sr. D. Narciso Nores Salgado, Marín (Pontevedra), un premio temporal de 500 pesetas.

Sra. D.ª María Teresa Ventoso, Icod (Canarias), un premio temporal de 125 pesetas anuales, en memoria de sus parientes difuntos.

Excma. Sra. Condesa de Sietefuentes, Icod (Canarias), un premio temporal de 200 pesetas anuales.

Sr. D. José Tartiere, (Oviedo), un premio temporal de 200 pesetas anuales.

Sr. D. Isaac Megía, Ocaña (Toledo). un premio de propaganda de 100 pesetas, en memoria de su difunta esposa doña Felipa Sánchez Pacheco.

Sres. Domecq, (Jerez de la Frontera), un premio de 500 pesetas anuales.

Sra. D.ª Teresa Ballester, Viuda de Martí, (Barcelona), un premio temporal de 500 pesetas, en memoria de su esposo D. José M.ª Martí y Coll.

Preciso es rendir á estos buenos católicos, á estos buenos españoles, el homenaje de nuestra admiración, pidiendo á Dios que fructifique su nobilísimo ejemplo.

NOTA.—Todos los católicos que se sientan movidos á la fundación de un Premio de su nombre para el fomento de las buenas lecturas, según el espíritu de esta obra, pueden pedir cuantas noticias deseen, al Director de la misma, oficinas del *Patronato Social de Buenas Lecturas*, Fuencarral, 125, 1.º, derecha. Madrid.

Estas ediciones publicadas á expensas de la OBRA SOCIAL DE LOS PREMIOS PERSONALES Y FOMENTO DE LECTURAS GRATUITAS, no se venden; se regalan á los numerosos miembros del PATRONATO SOCIAL DE BUENAS LECTURAS en proporción á los concursos que prestan á esta obra de sana divulgación, para que nuestros asociados, á su vez, los repartan al pueblo gratuitamente, contribuyendo así todos en la medida de sus fuerzas económicas á la elevación de la cultura nacional, moralizando el alimento intelectual de nuestros compatriotas.